

La aplicación de los refinamientos en un estilo —de modo particular en el neoclásico, que se usan tanto más de buena gana cuanto menos de saber su motivación—, sirve no para resolver, sino para disimular los problemas compositivos, para aislar los problemas constructivos y afrontarlos con mayor facilidad.

Esto impide que brote una verdadera tradición de la repetida experiencia de los nuevos procesos constructivos. El término *functional tradition*, acuñado por los ingleses, los primeros en reconocer los valores arquitectónicos espontáneos de las construcciones utilitarias del siglo XIX, es exacta tan sólo a medias; estos valores han florecido, puede decirse, únicamente cuando sus proyectistas piensan en otra cosa, y preferiblemente en los detalles aislados de las composiciones de conjunto; de ahí que permanecen como contribuciones fragmentarias que nunca pueden ser sumadas entre sí para formar un

sistema unitario. La unidad presupone una síntesis y una criba consciente, mientras que en este punto la costumbre interviene en la asociación estilística, imponiendo una síntesis exterior convencional.

De este modo los ingenieros hacen progresar, en el curso del siglo XIX, la técnica de las construcciones y ponen a punto los medios de los que se servirá el movimiento moderno, aunque al mismo tiempo ponen sobre estos medios una pesada hipoteca cultural, asociándoles una especie de indiferencia por la cualificación formal y uniendo las costumbres constructivas a ciertas correspondencias habituales con los estilos del pasado.

Únicamente con un gran esfuerzo podrá romperse este ligamen. El movimiento moderno deberá emplearse a fondo antes de lograrlo, y tendrá que poner durante un cierto tiempo un particular énfasis en la investigación formal pura, de cuyas consecuencias nos resentimos todavía.

BENEVOLO, Leonardo. *Historia da  
Arquitetura Moderna, 4ª Perspectiva, 1998*

### 1. Las reformas políticas y las primeras leyes urbanísticas

El cuarto decenio del siglo XIX comienza con un conjunto de importantes acontecimientos políticos: la revolución de julio en Francia, la independencia de Bélgica (1830), las insurrecciones polaca e italiana en 1832.

En el breve lapso de dos años, el sistema político surgido a raíz del Congreso de Viena es sacudido de una punta a otra de Europa. En unos países, Polonia e Italia, por ejemplo, pudo ser restablecido el antiguo orden, pero en Francia una revolución que elimina las estructuras residuales del *ancien régime* expulsa al soberano y concede el poder político a la burguesía liberal; en Bélgica la insurrección victoriosa crea un nuevo Estado, con una Constitución aún más liberal que la francesa; en Inglaterra sube al poder el partido de los *whigs*, emprendiendo una serie de reformas sustanciales para la estructuración del Estado. La solidaridad entre soberanos y gobernantes europeos para mantener el *status quo* se debilita, y la rigidez del primitivo sistema, basado en el principio de legitimidad, es sustituida por un equilibrio dinámico, basado en la competencia de intereses contrapuestos.

En los países económicamente más avanzados se extraen las consecuencias políticas de la revolución industrial; la distribución del poder político se adecua a la del poder económico y el sistema administrativo se adapta a la nueva composición de la sociedad.

Siendo la ley inglesa de reforma electoral de 1832 resultado de un compromiso parlamentario, no tiene el carácter de innovación revolucionaria aunque, justamente por ello, registre con elocuencia el peso de los cambios sufridos.

La revolución industrial ha causado cambios profundos en la distribución, sobre el territorio inglés, de los habitantes. Durante la primera mitad del siglo XVIII Inglaterra es aún un país esencialmente rural, y hasta la industria tiene su sede, primordialmente, en el campo. Mientras el tratamiento de los minerales de hierro se hace con carbón vegetal, los altos hornos surgen donde haya bosques; la industria textil se basa en la organización del trabajo a domicilio, y los mismos campesinos, junto con sus familias, alternan las labores del campo con el hilado y tejido, con instrumentos manuales de su propiedad o alquilados a sus patronos.

Pero cuando se empieza a trabajar el hierro con carbón fósil se concentran los altos hornos en las regiones carboníferas; cuando R. Arkwright encuentra, en 1768, el modo de aplicar la energía hidráulica al hilado, y E. Cartwright, en 1784, al tejido, estas labores se concentran en los lugares en donde es posible utilizar la energía del agua corriente; y, desde que la máquina a vapor de Watt es patentada en 1769, comienza a usársela en lugar de la fuerza hidráulica (entre 1785 y 1790), con lo que la concentración puede aparecer en cualquier parte, incluso lejos de los ríos; la red de canales, construida desde 1759, al disminuir el precio

Grupo 1 / 3

de los transportes, incluso para los materiales pobres, quita cada vez más importancia al carácter vinculante de la localización de las instalaciones industriales.

Las concentraciones industriales se convierten en polos de nuevas aglomeraciones humanas en rápido desarrollo o provocan, si se localizan junto a ciudades existentes, un desmesurado aumento de su población. Se calcula que cerca de un quinto de la población inglesa vivía en ciudades, al inicio de la revolución industrial, y los otros cuatro quintos en el campo; hacia 1830 las poblaciones urbana y rural están ya más o menos igualadas, mientras que en nuestros días la proporción se ha invertido y cuatro quintas partes de los ingleses viven en ciudades.

Pero hasta 1832, estas novedades no influyen en el orden político y administrativo. La vieja organización rural es aún la base del sistema electoral, y un gran número de escaños se conceden a pueblos semidesiertos, nombrados por los propietarios, mientras que las ciudades creadas o desarrolladas por la revolución industrial no están adecuadamente representadas.

Cerca de doscientos de tales pueblos son abolidos por la ley electoral de 1832, y sus escaños repartidos de forma nueva, destinados, primordialmente, a las ciudades industriales; la ley suprime también el antiguo vínculo que une los derechos políticos a la propiedad de bienes inmuebles, igualando así a los industriales y los comerciantes con los terratenientes.

De esta manera, no sólo se logra poner la representación política a tono con la realidad económica y social del país, sino que, concediendo a las nuevas clases un poder proporcional a su propio peso económico, la ley electoral abre paso a una serie de reformas de todo tipo, conformes a los intereses de la industria y a las exigencias de la nueva sociedad.

En 1833 se pronuncia la primera ley verdaderamente eficaz sobre fábricas, obra, principalmente, de Lord Ashley: se reducen las horas de trabajo a 48 para los niños y niñas

menores de 13 años y a 65 para los jóvenes de hasta 18 años, se fijan descansos regulares para las comidas y se crea un cuerpo de inspectores centrales para que tales disposiciones sean respetadas. La ley es mejorada en 1842, prohibiéndose que mujeres y niños trabajen en las minas; en 1844, prohibiendo que muchachos menores de 9 años sean empleados en la industria textil; las progresivas limitaciones al empleo de los niños van acompañadas de progresivas ampliaciones de la instrucción escolar obligatoria. En el mismo 1833, Lord Wilberforce logra la abolición de la esclavitud en todas las colonias.

La vieja ley sobre los pobres es reformada en 1834; el sistema en vigor, instituido en 1795 y conocido con el nombre de *Speenhamland*, aseguraba a cada cual un determinado nivel de subsistencia, fijado a partir del precio del pan: si la retribución recibida es menor, se cubre la diferencia con un subsidio. Animados por las teorías radicales, los reformadores se proponen la abolición gradual del sistema de subsidios, pero al mismo tiempo son contrarios a fijar un salario mínimo obligatorio, por lo que prefieren mantener en uso las tradicionales *work-houses* o asilos obreros, procurando que las condiciones de vida en estos establecimientos sean inferiores a los más penosos trabajos que existan fuera de ellos; al mismo tiempo, someten la aplicación de la ley a un control central, para evitar los abusos locales.

Las administraciones municipales electivas se instituyen en 1835, sustituyendo a las antiguas instituciones de origen feudal; se provee así a cada ciudad de una autoridad democrática, a la que compete desde entonces toda intervención pública tocante a edificación, vialidad, instalaciones urbanas (en otro tiempo dispersas en una infinidad de instituciones especiales) y, más tarde, a verdadera y propia planificación; estas administraciones están sometidas a dos fuerzas complementarias: desde abajo, el electorado, que impone la satisfacción de las exigencias locales y, desde arriba, la autori-

dad central, que mira por los intereses generales. Se obliga así a la vida administrativa municipal a salir de su largo inmovilismo.<sup>1</sup>

Este período, desde el *Reform Bill* de 1832 hasta la abolición del impuesto sobre el trigo de 1846, es llamado por Belloc «la edad de la reorganización».<sup>2</sup> Queda ahora claro el contraste entre libertad y autoridad del que hablamos en la introducción. Los reformadores *whigs*, empapados de ideas radicales, destruyen definitivamente la organización del *ancien régime* y los viejos vínculos que se oponían a la libertad de las nuevas iniciativas; pero deben resolver, al mismo tiempo, los problemas de organización derivados de los nuevos desarrollos, y deben adoptar, poco a poco, un sistema de reglas adecuado a la sociedad industrial, que acabará por limitar la libre iniciativa de modo más enérgico y determinante que el viejo sistema.

H. M. Croome escribe:

Las relaciones económicas se complican en proporción directa al crecimiento de la técnica capitalista; cuanto más se concentra la población en las ciudades, más depende la prosperidad de uno de la de los demás, que jamás conoció, y más se siente la necesidad de que la conducta de cada cual se amolde a un modelo preestablecido. Por ejemplo, la salud de un ciudadano deja de ser únicamente asunto suyo, puesto que la enfermedad que le afecta puede contagiar a sus vecinos con mayor facilidad que la que tuviera un campesino en una casa aislada. La educación se hace más importante. Y se hace también más importante la responsabilidad social, el sentimiento de que «todos somos miembros de un mismo cuerpo»... Así, siguiendo la evolución del capitalismo, nos enfrentamos con una paradójica situación: la idea individualista destruye la vieja solidaridad y posibilita el desarrollo del capitalismo; éste,

a su vez, aumentando la dependencia recíproca, favorece el retorno de aquella misma solidaridad.<sup>3</sup>

En este momento —y particularmente en los decenios que van desde 1830 a 1850— nace la urbanística moderna. La convivencia de los hombres en la ciudad industrial plantea nuevos problemas de organización: los antiguos instrumentos de intervención se revelan inadecuados, y se elaboran otros nuevos, adaptados a las recientes condiciones.

De año en año las ciudades crecen, y algunas alcanzan tamaño excepcional: en sentido absoluto, como Londres (figs. 54-56), que a finales del XVIII alcanza el millón de habitantes, primera entre todas las ciudades europeas, o con relación a su origen, como Manchester, que en 1760 tenía 12.000 habitantes y a mitad del siglo XIX se acerca a los 400.000.

Los recién llegados son preferentemente obreros industriales; su vivienda, como su salario y las condiciones de trabajo, están sometidas, únicamente, a la libre iniciativa y se reducen al mínimo nivel compatible con la supervivencia.

Grupos de especuladores —los *jerry builders*— se encargan de construir filas de casas de un solo piso, a medida que las van necesitando, con el único propósito de obtener la máxima ganancia: «con tal de que permanecieran en pie (aunque sólo fuera temporalmente) y que las personas sin otro recurso no tuvieran más remedio que ocuparlas, a nadie le importaba lo más mínimo que ofrecieran seguridad e higiene, que tuvieran luz y aire, o que estuvieran abominablemente sobrepobladas».<sup>4</sup>

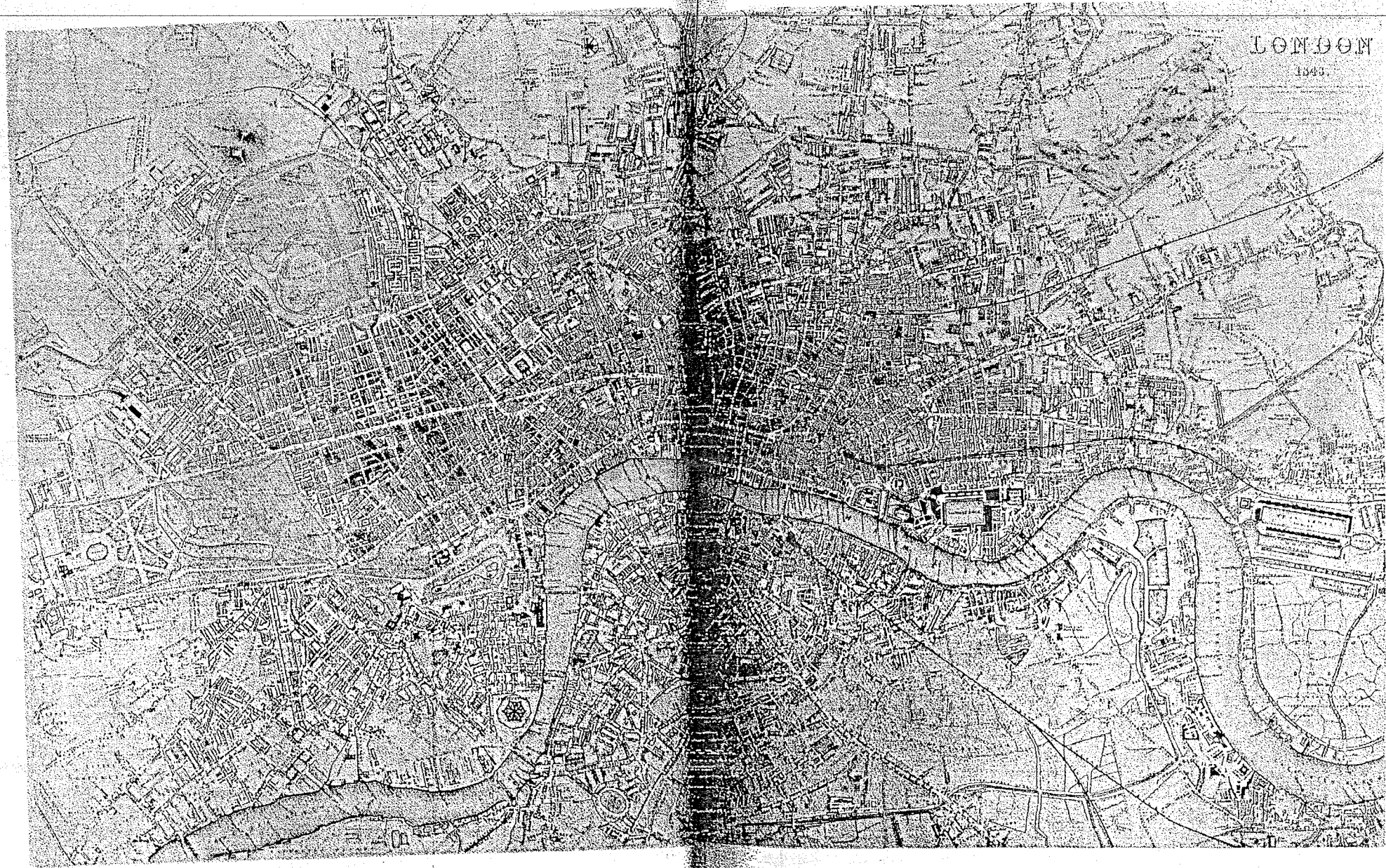
Existen todavía en las ciudades inglesas numerosas instituciones y cuerpos administrativos de origen antiguo, encargados de

<sup>1</sup> Hasta 1881 los territorios rurales no obtienen una institución local democrática como la de las ciudades, con la institución de los consejos de los condados.

<sup>2</sup> H. BELLOC, *Breve storia dell'Inghilterra* (1925-1931), trad. it. Roma, s. d. vol. II, pág. 244.

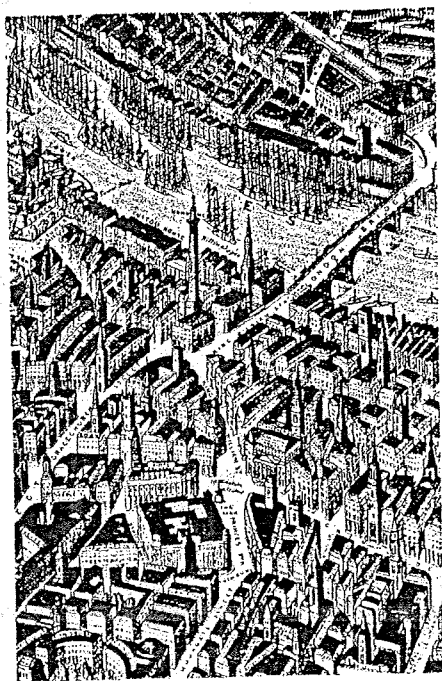
<sup>3</sup> H. M. CROOME y R. J. HAMMOND, *Storia economica dell'Inghilterra*, trad. it., Milán, 1951, pág. 263.

<sup>4</sup> H. M. CROOME y R. J. HAMMOND, *op. cit.*, pág. 278.



54 - Plano de Londres en 1843.





55 - Vista de Londres en 1851, publicada por Banks & Co.

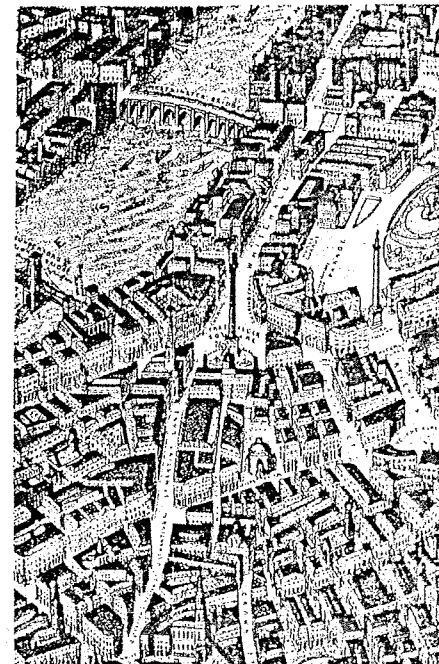
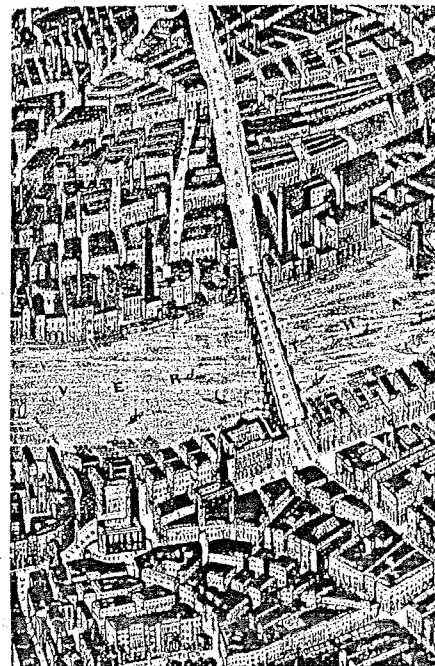
controlar la edificación, las instalaciones urbanas, los abastecimientos, etc.; sólo en Londres pueden contarse cerca de trescientos, aunque incapaces de intervenir a la nueva escala del fenómeno, sin autoridad y vistos con desconfianza por la opinión pública, como residuos del *ancien régime* y partícipes de la inercia de toda vida administrativa local, hasta la ley de 1835. Es decir, falta todo control de la autoridad pública sobre la actividad privada.

Precisamente al mismo tiempo que reun-

cia a influir con reglamentaciones sobre la calidad de la edificación privada, la autoridad se priva también del suelo de su propiedad, que le habría permitido intervenir por la vía indirecta y controlar, por lo menos, la situación de los nuevos barrios.

Ya en 1776 Adam Smith aconsejaba a los gobiernos vender los terrenos del patrimonio nacional para saldar sus deudas.<sup>5</sup> Así, en muchas ciudades, las áreas edificables caen

<sup>5</sup> V. H. BERNOULLI, *La città e il suolo urbano* (1946), trad. it., Milán, 1951, pág. 54.



bajo el control exclusivo de la especulación privada, y las exigencias especulativas imponen su ley a la ciudad: fuerte densidad de edificación, crecimiento en anillos concéntricos alrededor de los viejos centros o de los lugares de trabajo, falta de espacios libres.

Tal estado de cosas no empeora, necesariamente, los elementos singulares —casas, calles, instalaciones—, pero provoca grandes inconvenientes de conjunto que únicamente se evidencian al alcanzar el crecimiento de la ciudad un cierto límite.

Muchos de los *jerry buildings* son míseros e inhospitalarios; pero la familia que a fines del XVIII va a habitar a una de estas casas, viene, probablemente desde un hogar campesino igualmente inhóspito, sobrepoblado y, además, impregnada por el polvillo de un telar manual. Hablando en términos estadísticos, no se puede negar que las casas que se construyen en este período son de mejor calidad que sus precedentes, pero los *jerry buildings* son un ejemplo típico de la lógica smithiana de la época, que, una vez desarro-



llado un tipo de edificio relativamente sólido y funcional, cree poder juntar multitud de ejemplares del mismo tipo, hasta el infinito, sin que pase nada. Es, precisamente, en el tema de las relaciones entre las varias viviendas donde entra en crisis la edificación de la primera edad industrial.

Hoy diríamos que el error en los nuevos barrios obreros era más urbanístico que de edificación, pero tal distinción no habría sido apreciada fácilmente por los hombres de aquel tiempo. Pese a todo, las consecuencias concretas golpean su vista y olfato: insalubridad, congestión, fealdad.

La falta de una instalación racional para evacuar los desechos líquidos o sólidos puede pasar inadvertida en el campo, donde cada casa tiene mucho espacio para quemar y enterrar las basuras y realizar al aire libre las necesidades más fastidiosas, pero es fuente de graves peligros en las aglomeraciones urbanas, tanto mayores cuanto más se extiende la ciudad. Mientras las casas se encuentran distribuidas en pequeños grupos, el aprovisionamiento de agua en las fuentes públicas puede hacerse con facilidad; pero se convierte en difícil en los nuevos barrios, muy extensos y compactos; por otra parte, los usos industriales del agua excluyen los usos civiles. Las funciones que se desenvuelven en los espacios exteriores —la circulación peatonal y de los carros, el juego de los niños, la cría de animales domésticos, etc.—, no interfieren entre sí cuando se trata de grandes espacios, pero la molestia es intolerable si se ven obligados a desarrollarse uno sobre otro en los estrechos pasajes entre las casas. El ambiente que resulta de estas circunstancias es feo y repulsivo hasta más allá de lo que se pueda expresar; como en un gran acuario, la infección de una parte infecta rápidamente el todo, y no es necesario demasiado altruismo para interesarse en ello porque las infecciones y epidemias producidas se difunden desde los barrios populares a los burgueses y aristocráticos.

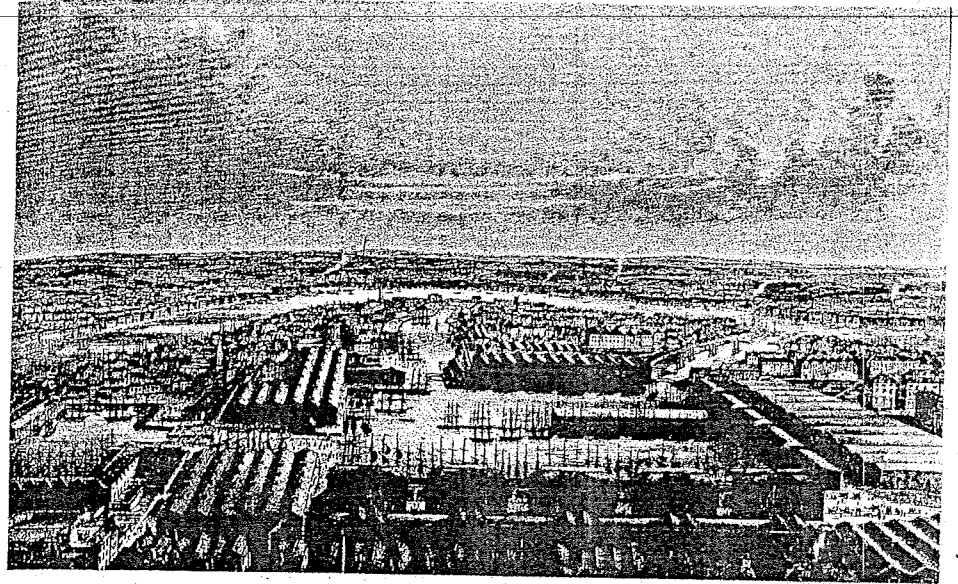
Puesto que los males incumben a la ciudad en su conjunto, los remedios deben ser, igual-

mente, de orden general y competen a la autoridad pública, no a los individuos. Así, esta situación, nacida de la confianza en la libertad ilimitada de los individuos y de la ausencia de los medios tradicionales de control público, empuja necesariamente a las autoridades a intervenir de un modo distinto, poniendo nuevas limitaciones a cada iniciativa inmobiliaria privada.

Pero la necesidad de una reglamentación unitaria del espacio en que se mueve la sociedad industrial viene además demostrada, de la forma más convincente, por las posteriores realizaciones de la propia industria, y sobre todo por un hecho que, a su vez, caracteriza netamente la época de la reorganización: la creación de una red ferroviaria (figs. 58-61).

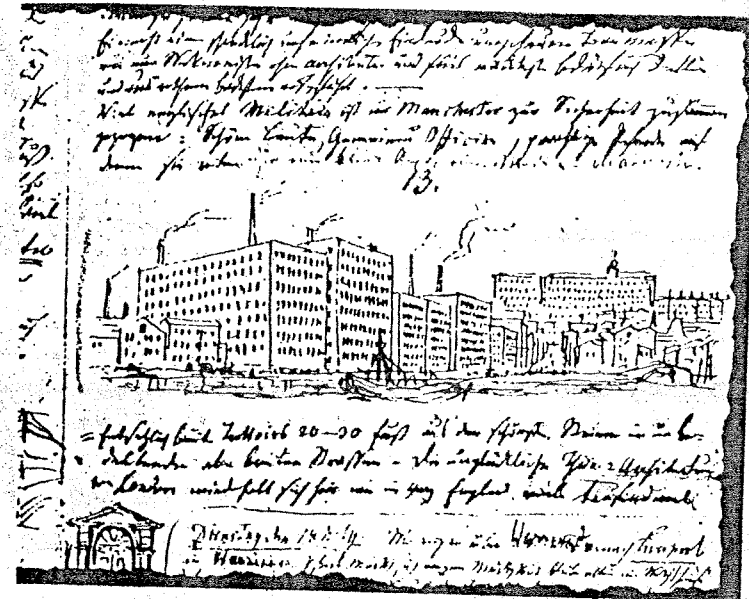
En 1825, en Inglaterra, el primer ferrocarril es abierto al público, y en 1829 corre en Rockhill la primera locomotora de Stephenson; inmediatamente después el ferrocarril hace su aparición en Francia y en los Estados Unidos (1830), en Bélgica y Alemania (1835), en Rusia (1838), en Italia y Holanda (1839) y, rápidamente, se extiende una tupida red sobre el territorio de los Estados europeos.

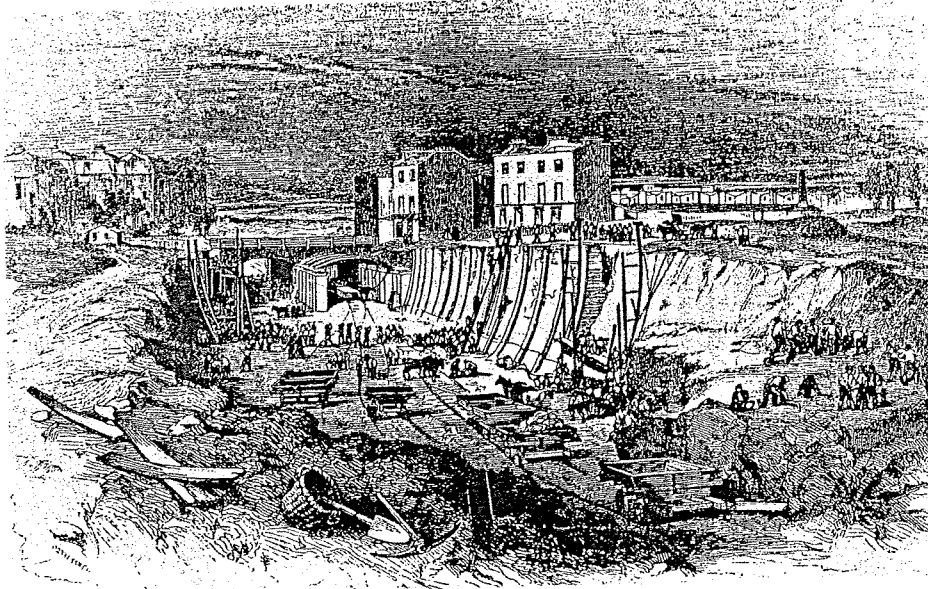
El ferrocarril es un dispositivo que, técnicamente, acarrea bastantes servidumbres; aún tratándose de la iniciativa privada es necesario un acuerdo preliminar en lo tocante a ciertas características fundamentales —por ejemplo, el ancho de vía, que Stephenson fijó en cuatro pies y ocho pulgadas y media— y las autoridades deben preocuparse por reglamentar las diversas relaciones entre el ferrocarril y las poblaciones urbanas y rurales; allí donde el Estado promueve directamente este servicio —como en Francia e Italia— las autoridades tienen a su alcance un nuevo, potentísimo medio de intervención para modificar la ordenación del territorio, y están obligadas a revisar, de modo cada vez menos liberal, las leyes sobre la expropiación, para poder procurarse, en condiciones favorables, los terrenos necesarios para la construcción ferroviaria.



56 - Los docks de Londres (de J. Gailhabaud, *Monuments anciens et modernes*, 1850).

57 - Una página del cuaderno de notas de Schinkel (del tercer decenio del siglo XIX) con una vista de edificios industriales ingleses.

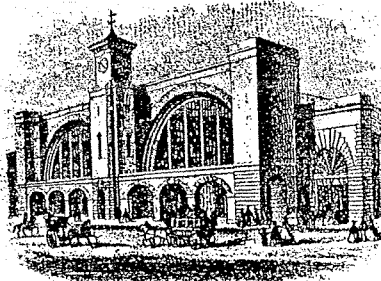
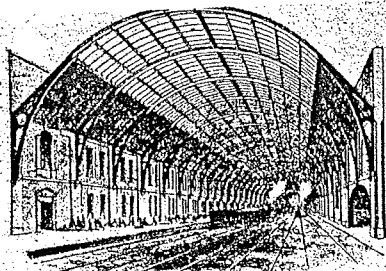
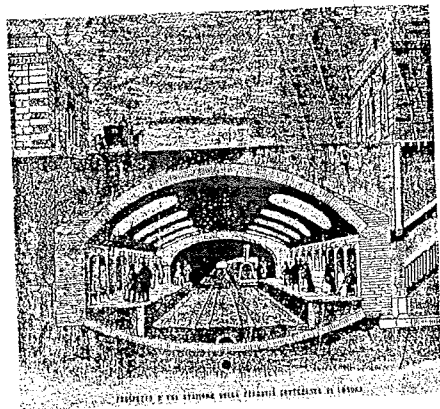




58 - Las obras del ferrocarril Londres - Birmingham en 1836 (de S. C. Brees, *The Illustrated Glossary of Practical Architecture*, 1852).

59 - El ferrocarril subterráneo de Londres (del "Universo ilustrado", 1867).

60, 61 - Londres, la estación de King's Cross (L. Cubitt, 1850-1852; de J. Fergusson, *History of the Modern Styles of Architecture*, 1873<sup>6</sup>).



De este modo, por caminos distintos, madura la exigencia de una coordinación de las iniciativas de edificación en la ciudad industrial. Podemos decir que los métodos de la urbanística moderna arrancan de estos dos hechos: de las servidumbres impuestas por las nuevas realizaciones técnicas —el ferrocarril primordialmente— y de los servicios invocados por los higienistas para remediar las deficiencias sanitarias de las instalaciones paleoindustriales.

La formación de las primeras leyes sanitarias merece ser relatada en extenso, porque hace ver con claridad cómo se llega, comenzando por un sector determinado, a un conjunto de disposiciones globales, afectando a todos los aspectos de la vida de la ciudad.

En Inglaterra, como de costumbre, la acción de las autoridades está precedida por la de algunas sociedades privadas de carácter filantrópico, como la Entidad sanitaria de Manchester; su acción es, cuantitativamente, poco apreciable, pero importante, pues suscita el interés de la opinión pública y demuestra la posibilidad de sanear los barrios malsanos con los medios contemporáneos.

En 1831, cuando los desastres del urbanismo han sido claramente advertidos, el cólera se propaga de Francia a Inglaterra. Al año siguiente Edwin Chadwick (1800-1890) es nombrado asistente de la Comisión de los pobres; se le debe, en gran parte, la formulación de la nueva ley de 1834, y, a través de la encuesta de la Comisión real, tiene ocasión de conocer con exactitud y con buen número de detalles las condiciones de vida de las clases menos agraciadas.

Es mérito de Chadwick haber captado con claridad la relación entre los problemas sociales y las condiciones físicas del ambiente: en adelante, hasta que se retire de la vida pública en 1854, se convertirá en el animador de todas las iniciativas del gobierno tendentes a mejorar el ambiente de la ciudad industrial.

En 1838, el *Assistant Commissioner's report* sobre las condiciones de vida de los te-

jedores manuales describe así las nuevas calles construidas en Bethnal Green en los últimos decenios «por los más desenvueltos especuladores de la edificación»:

Muchas de ellas son las peores que puedan imaginarse, desprovistas por completo de alcantarillas. Las casas son, generalmente, de dos pisos; los cimientos se han puesto, a veces, directamente sobre las brozas o el manto vegetal, y no existe ventilación alguna entre el suelo de los locales que sirven de vivienda y el terreno sin drenaje que está inmediatamente debajo; el pavimento de las calles es del tipo más mísero, compuesto, las más de las veces, por basuras terrosas y blandas, y polvillo de ladrillos amasado con humedad. El agua se abre paso bajo las casas y, en unión de los líquidos que están en los pozos negros, sale con frecuencia al exterior, en forma de vapores nocivos, y esto sucede en las salas de estar.<sup>6</sup>

No obstante, en otros lugares la situación es distinta:

[En Coventry] las casas de la mejor categoría de tejedores, comparadas con las de los obreros agrícolas, son viviendas buenas y confortables; algunas están bien amuebladas.<sup>7</sup> [Y en Barnsley] las casas están construidas, en su mayoría, de piedra, aireadas y soleadas, ya que la ciudad y los alrededores cuentan con abundante espacio libre. Los sótanos donde trabajan no son más húmedos de lo deseable para su actividad. Incluso cuando los habitantes padecen extrema pobreza, sus casas ofrecen un aspecto de pulcritud y buen orden.<sup>8</sup>

Engels, en su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de 1845, señala, aparte de la insalubridad de los edificios, la congestión de la ciudad y la falta de toda reglamentación en la explotación de los terrenos:

[En Manchester] filas sueltas de casas o grupos de calles aparecen aquí y allá, como pe-

<sup>6</sup> Cit. en J. H. CLAPHAM, *An Economic History of Modern Britain, the Early Railway Age*, Cambridge, 1939, pág. 39.

<sup>7</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 40.

<sup>8</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 41.

queños pueblos, sobre el nuevo suelo de arcilla, en el que no crece ni yerba; las calles ni están pavimentadas ni tienen alcantarillado, pero albergan numerosas pjaras encerradas en pequeños corrales o patios, o campando sin restricciones, por el vecindario.<sup>9</sup> [En el núcleo antiguo] la confusión ha llegado al colmo, ya que allá donde el programa constructivo de la época precedente dejó algo de espacio, han aparecido nuevas edificaciones, hasta no quedar entre las casas una pulgada de terreno por construir. [En los nuevos barrios la situación es más grave], si cabe, pues si antes se trataba de casas aisladas, aquí cada patio y patinejo se combinan al gusto de cada cual, sin tener para nada en cuenta la situación del resto. Aquí una callejuela sale en una dirección, allí en otra; a cada momento se llega a un callejón sin salida, o se va dando vueltas a una manzana, o nos volvemos a encontrar en el punto de partida.<sup>10</sup>

La evacuación de las inmundicias es uno de los problemas más acuciantes.

[En Bradford, en 1844, hay un basurero] en la zona más frecuentada de la ciudad, justo en el centro comercial que contiene basuras y desperdicios de carnicerías, retretes y urinarios. Los guardias no creen poder hacer nada para suprimirlo por ser de propiedad privada.<sup>11</sup> [En Greenok, en 1840], en una parte de Market Street, existe un montón de estiércol, quizá demasiado grande para denominarlo simplemente montón. No se equivocará uno mucho si evalúa su inmundico contenido en cien yardas cúbicas. Es el almacén comercial de un vendedor de estiércol; las ventas las efectúa al por menor y, para que sus clientes salgan favorecidos, conserva siempre el núcleo central, puesto que cuanto más viejo, más se aprecia.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 539, de F. ENGELS, *Die Lage der arbeitenden Klassen in England* (1845), trad. cast. en *El problema de la vivienda y otros escritos* en curso de publicación por esta misma editorial.

<sup>10</sup> Cit. en P. LAVÉDAN, *Histoire de l'urbanisme, époque contemporaine*, París, 1952, pág. 72.

<sup>11</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 539, de *Commission on the State of Large Towns and Populous Districts Report*, 1844, pág. 338.

<sup>12</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 540, de *Report on the Sanitary Conditions of the Labouring Population*, 1842, pág. 381.

En Londres existe el grave problema de la contaminación del río. En la capital funcionan una gran cantidad de antiguos reglamentos y organismos de inspección, pero actúan según criterios inadecuados. Así, por ejemplo, se concibe el alcantarillado, esencialmente, como sistema de recogida de aguas pluviales y está prohibido conectarlo a las casas o edificios públicos, si bien los residuos líquidos pasan con facilidad de los pozos negros a las alcantarillas. Pero al generalizarse el uso de retretes privados, está prohibición cae en desuso, entre 1810 y 1840. Todas las alcantarillas confluyen en el Támesis, al mismo tiempo que el propio río provee de agua a la ciudad; todo lo cual le convierte en causa permanente de las epidemias que afectan a la capital inglesa.

Se estudian en este período numerosos sistemas para mejorar la situación, pero a la inseguridad de los criterios administrativos viene a sumarse la de las soluciones técnicas. Hacia 1840, los miembros del Parlamento y los reformadores en potencia «se encuentran irritadísimos por las opiniones contradictorias de los expertos a propósito de las dimensiones y forma de las alcantarillas, de los valores respectivos de aliviaderos, rejjas y bóvedas, y de los misterios de la hidráulica».<sup>13</sup>

En torno a un embalse denominado pantano de Wellington, en 1838, se desata una violenta epidemia. Las autoridades locales apelan al nuevo Comité de la ley de pobres, y una comisión de médicos enviada al lugar publica un informe de gran repercusión, atrayendo la atención de la opinión pública.

En aquel mismo año entra en vigor la ley de 1837 sobre el registro de nacimientos, defunciones y matrimonios, que permite clasificar los fallecimientos según sus causas; así se posibilita enmarcar el conocimiento de los fenómenos aislados, estudiados por las comisiones de encuesta, en un cuadro estadístico correcto.

En 1839, también el obispo de Londres

<sup>13</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 542.

insiste para que la encuesta sobre sanidad realizada en la capital se extienda a todo el país, y Lord Russell encarga la redacción del informe a la Comisión de los pobres, que lo publica en 1842.

Chadwick, promotor de la encuesta, hace un cuadro impresionante de las condiciones higiénicas de las ciudades inglesas:

Las prisiones se caracterizaban en otro tiempo por la suciedad y la falta de ventilación. Pero las descripciones realizadas por Howard de las peores prisiones que visitó en Inglaterra —y las consideraba entre las peores que había visto en Europa— son superadas, en todos los sentidos, por lo que el doctor Arnott y yo hemos visto en Glasgow y Edimburgo. Mayor suciedad, mayor sufrimiento físico y degradación moral que la descrita por Howard, pueden encontrarse entre la población obrera de los sótanos de Liverpool, Manchester o Leeds, y en gran parte de la capital.<sup>14</sup>

Entre tanto, un Comité de la Cámara de los Comunes publica en 1840 un informe sobre las condiciones higiénicas de las grandes ciudades, y plantea el problema a mayor escala, evidenciando la falta total de legislación sobre edificación e instalaciones urbanas. Para seguir los estudios en esta dirección se constituye una Comisión real sobre la situación de las grandes ciudades y los distritos populosos, que publica su informe en 1845; se recomienda, entre otras cosas, que antes de llevar a cabo un proyecto de alcantarillado se realice «el alzado y la planta a escala adecuada»; que además del alcantarillado se proceda a pavimentar; que las autoridades locales puedan imponer a las casas ciertos requisitos higiénicos mínimos, como la presencia de servicios higiénicos en cada apartamento; que pueda obligarse a los propietarios a limpiar las casas sucias, y a procurarse una licencia para estipular los contratos de alquiler; que puedan nombrarse oficiales médicos; que puedan recaudarse

<sup>14</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, págs. 537-538, de *Report on the Sanitary Conditions, etc.*, 1842, pág. 212.

fondos para mejorar y ensanchar las calles y para poner en funcionamiento parques públicos «puesto que las grandes ciudades como Liverpool, Manchester, Birmingham, Leeds y muchas otras no poseen, hoy en día, ningún parque público para pasear».<sup>15</sup>

Partiendo de las exigencias sanitarias se llega así a un programa urbanístico completo.

El Parlamento trata la cuestión en 1846; una nueva epidemia de cólera consigue avivar la discusión del problema y la opinión pública presiona sobre los legisladores, pero las dificultades a superar son aún muchas. Una primera ley, propuesta en 1847, es retirada y hasta el año siguiente no se aprueba la primera *Public Health Act*, que es la base de toda la legislación posterior.

El *Act* de 1848 no incluye a Londres, pero al mismo tiempo se instituye la Metropolitan Commission of Sewers, dotada de amplios poderes. Al siguiente año se concede la supervisión de este tema al primer Board of Health, compuesto por Lord Shaftesbury, Lord Morphet, Chadwick y Southwood Smith.

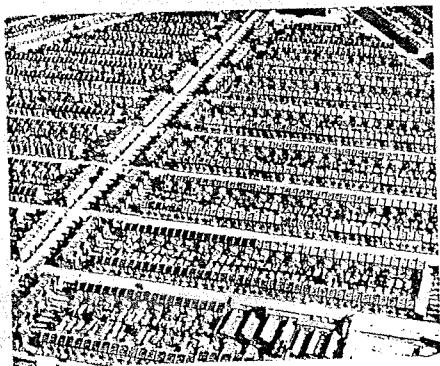
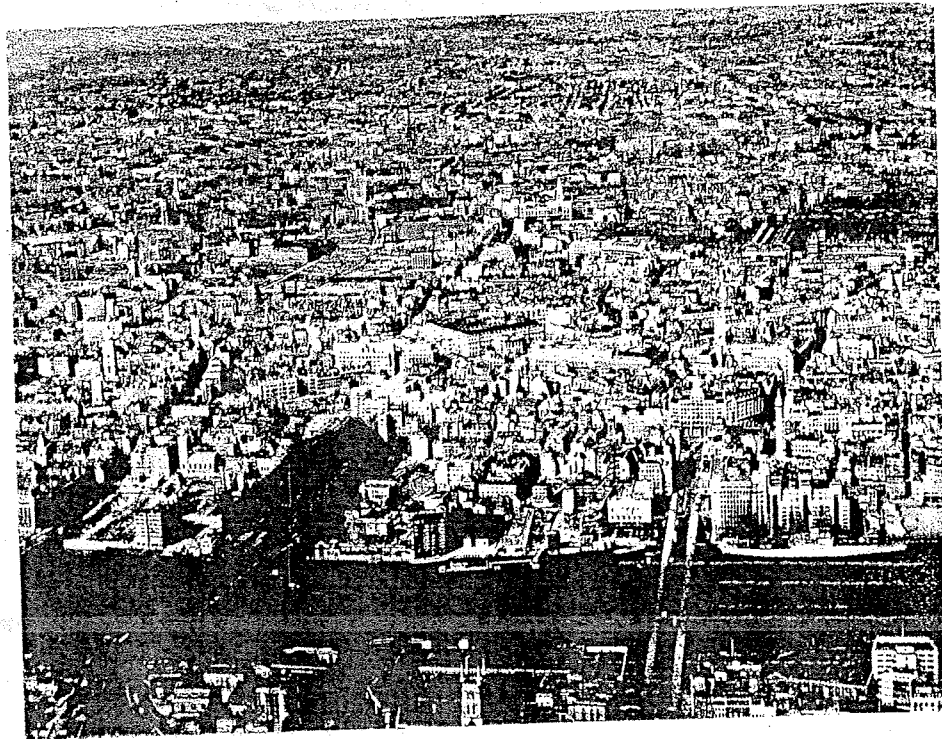
Las competencias de este comité son muy amplias. En 1851 plantea por primera vez, a escala nacional, el problema de la edificación subvencionada, y logra que las ciudades con más de 10.000 habitantes tengan la facultad de construir casas económicas para las clases trabajadoras, aunque con escasos resultados, pues las administraciones locales no se aprovechan de esta disposición.

En el mismo año, la publicación de los resultados del censo permite evaluar la importancia del fenómeno de la aglomeración urbana. De acuerdo con los cálculos oficiales, de los 3.366.000 habitantes mayores de veinte años, residentes en Londres y en otras 61 ciudades, únicamente 1.377.000 eran naturales de ellas, y de 1.395.000 londinenses, sólo 645.000.

W. Farr, un discípulo de Chadwick que

<sup>15</sup> J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, págs. 544-545, de *Commission on the State Large Towns, etc.*, 1844, pág. 68.





62 - El centro de Londres.

63, 64 - Construcciones by law en Londres.

entró en 1838 en el Registrar General's Office, al presentar estos informes escribe:

Hasta ahora la población ha emigrado desde los terrenos muy o bastante saneados del campo, hasta las ciudades o los centros portuarios, en los que pocas familias han vivido durante dos generaciones. Pero es evidente que, a partir de ahora, las grandes ciudades no pueden seguir siendo consideradas como campamentos —es decir, como lugares donde los forasteros ejercen su actividad y su industria—, sino, más bien, como lugar de nacimiento de una gran parte de la raza inglesa. Es necesario, por tanto, actuar sobre las ciudades para que el peor de todos los lugares de nacimiento —la habitación sobrepoblada, el alojamiento en promiscuidad de muchas familias— no sea el lugar de nacimiento de una parte considerable de nuestra población.<sup>16</sup>

En 1866 se promulga una nueva y más avanzada ley sanitaria, y el *Artisans' and Labourers' Dwelling Act* vuelve sobre el problema de la edificación popular, al introducir el concepto de expropiación con indemnización inferior al valor del mercado, que será, desde ahora, uno de los puntos fundamentales de todo programa urbanístico. En 1875 y 1890 se avanza un poco más, al unificar el *Housing of Worker Class Act* todas las leyes sanitarias y sobre edificación popular.

No debe pensarse que los beneficios de las primeras leyes sanitarias y de aquellas sobre la edificación popular hayan transformado en un momento los barrios obreros. Las leyes cobran eficacia sólo después de un período de adaptación, y luego que en las administraciones públicas se ha formado un personal adiestrado, capaz de hacer que se apliquen; las limitaciones introducidas por las leyes hacen más costosos los alojamientos, y los inquilinos que no están en situación de soportar el aumento de los alquileres se ven expulsados hacia nuevos alojamientos precarios en zonas más periféricas; en fin,

<sup>16</sup> *Census of 1851*, cit. en J. H. CLAPHAM, *op. cit.*, pág. 537.

las normas de las primeras leyes, puramente cuantitativas, remedian las más graves deficiencias de orden higiénico, pero vuelven todavía más uniformes y obsesivas las cales de los barrios obreros, y son responsables de las mecánicas alineaciones de muchos barrios de la segunda mitad del siglo XIX (figuras 63 y 64).

Sin embargo, como la *Reform Bill*, que en el terreno político sanciona la iniciativa popular y la capacidad de acomodar gradualmente las instituciones al desarrollo de las ideas y de las condiciones materiales a través de la actividad parlamentaria, del mismo modo las primitivas e imperfectas leyes sobre edificación sientan el precedente para un control constante de las autoridades locales y de los órganos tutores centrales sobre el desarrollo y la transformación de las ciudades.

También los campos de acción respectivos de ambas autoridades están establecidos desde un principio, correspondiendo a las administraciones locales las iniciativas concretas y a los órganos centrales el aspecto legislativo y la determinación de los *standards* mínimos y máximos; distinción aún válida para la planificación moderna.

En Francia el rumbo de los acontecimientos no es el mismo, pero sí es similar su orientación. La industrialización es más lenta, pero avanza durante la Restauración y, más decididamente, durante la monarquía de julio, al amparo de la protección arancelaria, favoreciendo el urbanismo y eliminando las antiguas dificultades organizativas, especialmente en los departamentos del norte. La actividad política y administrativa no sigue, sin embargo, con continuidad el curso de los cambios económicos y sociales; el régimen de Luis Felipe se retira rápidamente hacia posturas conservadoras y pierde las simpatías de la clase culta; las personas con capacidad para percibir los nuevos problemas de convivencia que están madurando se encuentran así, en su mayor parte, en la oposición y elaboran soluciones teóricas atrevidas y generosas, pero pierden, sin embargo, el con-

tacto con la práctica del poder y la familiaridad con los obstáculos concretos.

Únicamente en el corto período de la Segunda República, entre la revolución del 48 y el golpe de Estado del 51, pudo influir directamente en la actividad legislativa el pensamiento de estos reformadores; de hecho, en este período es cuando tienen lugar las más importantes innovaciones jurídicas y administrativas.

También aquí el punto de partida es la constatación de las dificultades higiénicas en las nuevas aglomeraciones urbanas. Las encuestas más notorias, como el informe de Blanqui sobre la situación de las clases obreras en 1848 y el estudio de la Sociedad de San Vicente de Paúl sobre los habitantes de los sótanos de Lille, repiten casi al pie de la letra las expresiones de Chadwick y de Engels; es como leer una narración siniestra, en la que las situaciones se repiten hasta el infinito, y cada vez que se abre la puerta de un sótano, en Lille o en Manchester, se está seguro de encontrar, una vez más, la misma escena, como la fustigación en el desván del *Proceso*, de Kafka:

Multitud de familias de Rouen duermen en promiscuidad sobre un lecho de paja, como animales en un establo; por toda vajilla tienen un vaso de madera o de cerámica descascarillada, que sirve para todo; los hijos menores duermen sobre un saquito de cenizas; el resto, padres e hijos, hermanos y hermanas, se tumban todos juntos en aquel indescriptible montón. En Lille, las calles de los barrios obreros conducen a pequeños patios que se usan al mismo tiempo como servicios y como basurero. Las ventanas de las viviendas y las puertas de los sótanos dan a estos pasajes infectos, en cuyo fondo una rejilla colocada horizontalmente sobre los aliviaderos es usada como letrina pública, día y noche. Las viviendas de la comunidad están distribuidas alrededor de estos focos de pestilencia, de los que la miseria local se complace en obtener una pequeña renta.<sup>17</sup>

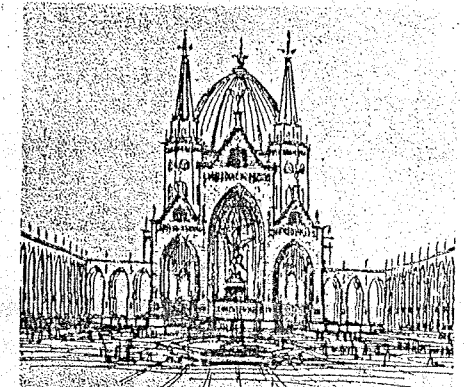
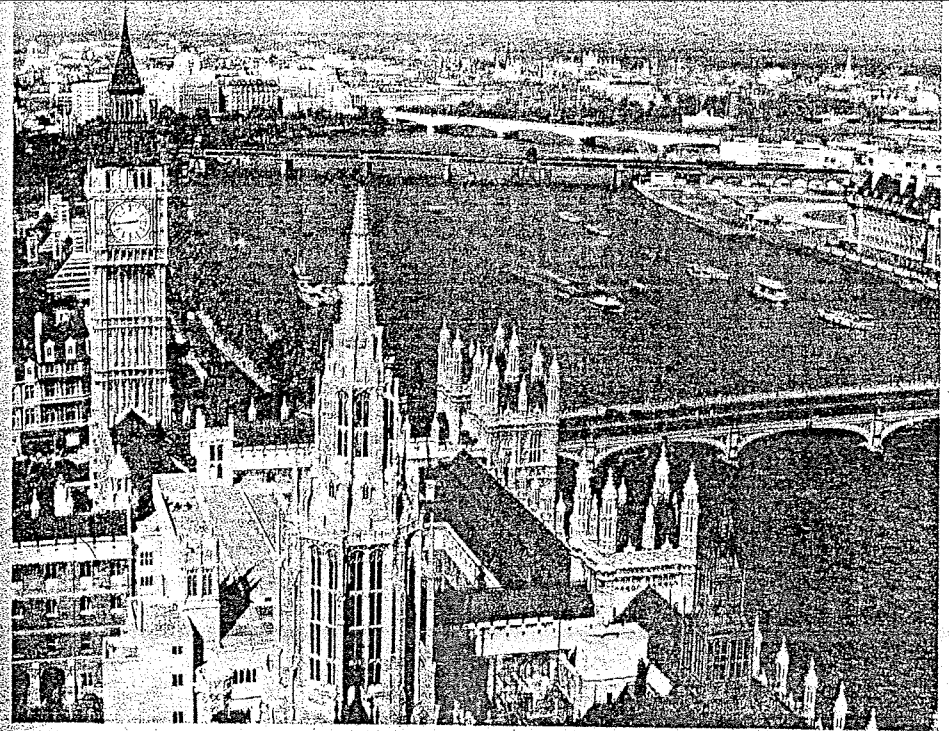
17 A. BLANQUI, cit. en P. LAVEDAN, *op. cit.*, página 68.

Durante la efímera vida de la Segunda República, el conde A. de Melun, diputado por el Norte y proveniente de la Sociedad de San Vicente, consigue que se apruebe la primera ley urbanística francesa, en 1850. Los Ayuntamientos son autorizados, desde entonces, a elegir una comisión, que indique «las medidas indispensables de sistematización de los alojamientos y dependencias insalubres, alquiladas y ocupadas por persona distinta al propietario»; es necesario que formen parte de la comisión un médico y un arquitecto, y al propietario puede obligarse a llevar a cabo los trabajos, en el caso de que sea responsable de los inconvenientes, o bien el Ayuntamiento puede actuar en lugar del propietario, expropiando «la totalidad de la propiedad comprendida en el perímetro de los trabajos a efectuar».<sup>18</sup>

Esta última disposición es la de mayor importancia, al atribuir un significado nuevo a la expropiación. La ley napoleónica de 1810 y la de 1833, promulgada en los comienzos del régimen orleanista, consideran la expropiación como una medida excepcional; la ley de 1841 facilita el procedimiento, pero establece que las autoridades únicamente podrán usarla en razón de los «grands travaux publics» y, de hecho, sirve de base a la ley del 42 sobre la nueva red ferroviaria. Ahora la expropiación puede tener también como objeto el saneamiento de los barrios de vivienda e incumbe a todo el perímetro de las obras, es decir, incluso a las que deberán volver a manos privadas, como los nuevos edificios; se convierte, de este modo, en un instrumento urbanístico general, gracias al cual las autoridades intervienen en el proceso de transformación de la ciudad, diferenciando exigencias públicas y privadas.

Es la ley que, dentro de poco, va a permitir a Haussmann efectuar sus grandiosos trabajos de transformación de París. La aplicación sucederá en una atmósfera política autoritaria, y con un espíritu marcadamente diferente al de los legisladores republicanos.

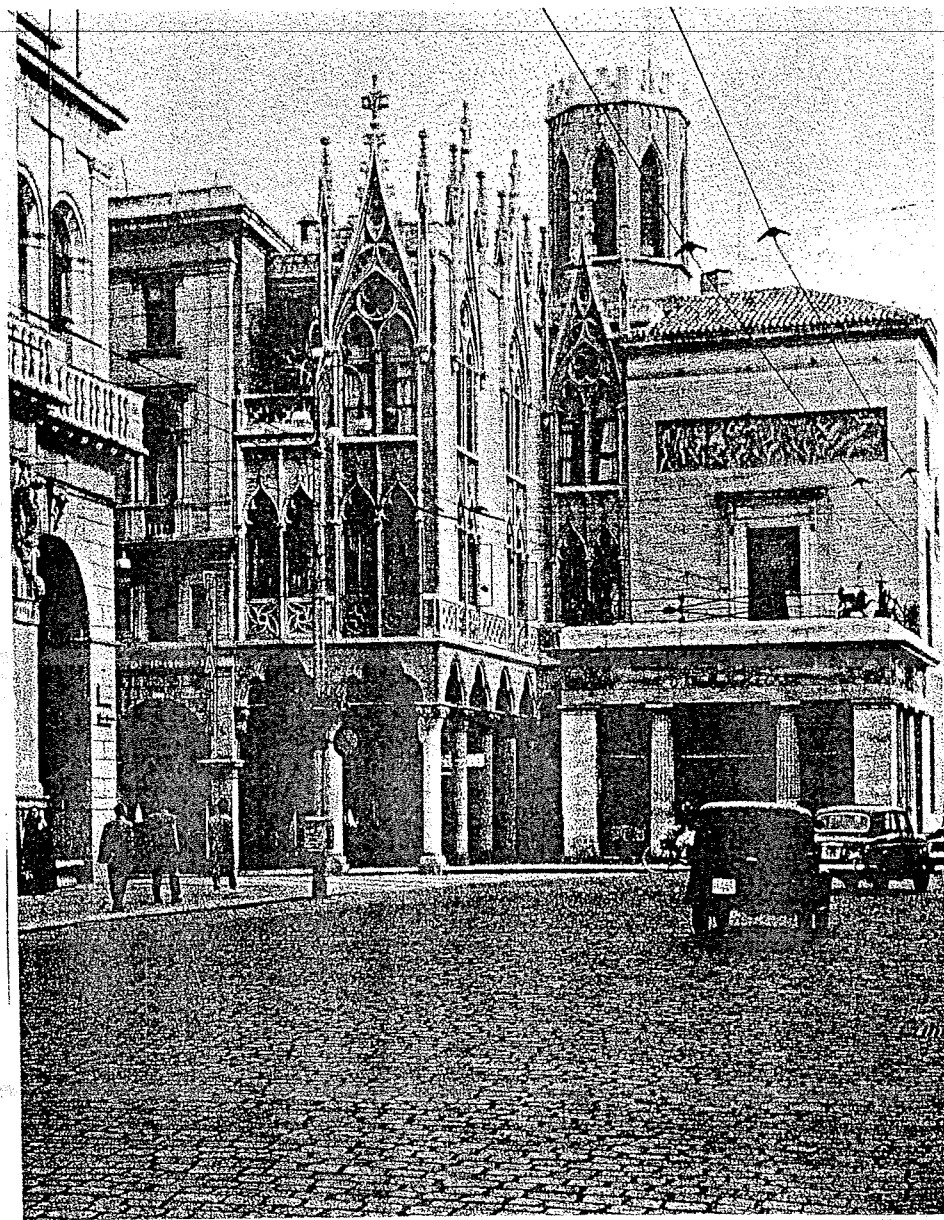
18 Cit. en P. LAVEDAN, *op. cit.*, pág. 89.



65 - Londres, el palacio del Parlamento (C. Barry, 1836).

66 - La villa de H. Walpole en Strawberry Hill (1750; de J. Gloag, *Men and Building*, 1950).

67 - Dibujo de K. F. Schinkel para una iglesia gótica (c. 1814).



68 - Padua, el Pedrocchino (G. Jappelli, 1837).

## 2. El movimiento neogótico

El año 1830, que señala el comienzo de las reformas sociales y urbanísticas, señala también el éxito del movimiento neogótico en la arquitectura.

La posibilidad de imitar las formas góticas en vez de las clásicas está presente en la cultura arquitectónica desde mediados del siglo XVIII y acompaña con manifestaciones marginales todo el ciclo del neoclasicismo, confirmando implícitamente el carácter convencional de la opción neoclásica.

En el cuarto decenio del XIX esta posibilidad se concreta en un verdadero movimiento que se presenta con motivaciones precisas, tanto técnicas como ideológicas, y se contrapone al movimiento neoclásico. Como resultado de este enfrentamiento se llega a una aclaración decisiva sobre los fundamentos de la cultura arquitectónica; de hecho, el nuevo estilo no reemplaza ni se une al precedente, como sucedía en épocas pasadas, sino que permanecen uno junto al otro como hipótesis parciales, y todo el panorama de la historia del arte se presenta, muy pronto, como un conjunto de múltiples hipótesis estilísticas, una para cada uno de los estilos pasados.

Quizá sea así posible ver la relación que une el movimiento neogótico con las reformas estructurales de esta época. Las reformas comienzan cuando los problemas de organización derivados de la revolución industrial se delinearán con suficiente claridad y se hace evidente la imposibilidad de conservar las antiguas reglas de conducta. Al mismo tiempo, en lo que a arquitectura se refiere, no parece posible mantener la ficticia continuidad con la tradición clásica, y se patentiza la naturaleza convencional del recurso a estilos del pasado, si bien el problema queda sólo planteado a la espera de una solución no convencional.

En el siglo XVIII, el uso de las formas góticas se presenta como una variante del gusto por lo exótico, y tiene un carácter marcadamente literario. B. Langley, en 1742, pu-

blica un curioso tratado, *Gothic Architecture Restored and Improved* en el cual trata de deducir de las formas medievales una especie de nuevo tipo de orden, pero su intento no es seguido. En 1753, el novelista H. Walpole manda reconstruir en estilo gótico su villa de Strawberry Hill, en Twickenham (figura 67); en 1796, J. Wyatt construye para el literato W. Beckford la residencia de Fonthill Abbey, que de acuerdo con los deseos del cliente debe ser «un edificio ornamental con la apariencia de un convento en ruinas, pero que contenga todavía alguna dependencia al amparo de la intemperie».<sup>19</sup>

En Francia, el denominado estilo *troubadour* no está menos cargado de significados literarios; en 1807 Chateaubriand embellece su villa de Vallée-aux-Leups con motivos góticos. Por todo un poco surgen quioscos de jardín, decoraciones y alguna que otra fachada en estilo gótico. Se asocian al espíritu romántico los estilos medievales, y son aplaudidos no como un nuevo sistema de reglas destinado a sustituir a las clásicas, sino precisamente porque se les supone carentes de ellas y fruto del predominio del sentimiento sobre la razón; el gótico aparece ahora como un conglomerado confuso de torrecillas, pináculos, pupitres tallados, bóvedas tenebrosas y luces oblicuas filtradas por vidrieras multicolores.

Debret, en la *Encyclopédie moderne* de 1824, alaba el estilo gótico, pero lo considera «el delirio de una ardiente imaginación, que parece haber realizado sueños».<sup>20</sup> Víctor Hugo, en la novela *Notre-Dame de Paris*, de 1831, ensalza la arquitectura medieval y critica los monumentos clásicos, aunque describe la catedral parisiense como un antro oscuro y desmesurado, en el que mora, como *genius loci*, el deforme Quasimodo.

Visto con estos ojos, el estilo gótico se difunde con rapidez en la pintura, en la

<sup>19</sup> Cit. en E. TEDESCHI, *L'architettura in Inghilterra*, Florencia, s. d., pág. 141.

<sup>20</sup> Cit. en L. HAUTECOEUR, *Histoire de l'architecture classique en France*, t. VI, París, 1955, pág. 288.



escenografía, en la imprenta y en la decoración, pero se presenta como una imagen alejada de la práctica constructiva, inadecuada para aplicarse a gran escala en la edificación, mientras que la relación entre clasicismo e ingeniería es segura y acertada.

El experimento que representa introducir el gótico en los proyectos corrientes se debe a la restauración de edificios medievales, que comienza en el primer Imperio y se multiplica durante la Restauración. Napoleón, en 1813, hace restaurar —con éxito desastroso— el interior de Saint-Denis para incluir las tumbas de su familia; el mismo arquitecto J. A. Alavoine (1777-1834) restaura en 1817 la catedral de Sens, y en 1822 la de Rouen.

Al mismo tiempo dan comienzo las polémicas de los escritores sobre la conservación de los monumentos medievales secularizados y expropiados durante la Revolución y caídos en manos de particulares que los transformaron a su antojo. V. Hugo escribe la *Ode sur la Bande Noire*; en 1834 se funda la Société française d'archéologie, y en 1837 la Commission des monuments historiques; en la época de la monarquía de julio, el más conocido de los restauradores es J. B. A. Lassus (1807-1857) que, en 1838, trabaja en Saint-Germain-l'Auxerrois y en la Sainte-Chapelle y, desde 1845, dirige junto con Viollet le Duc los trabajos de Notre-Dame de París.

En los trabajos de restauración, los proyectistas deben abordar, necesariamente, la relación entre formas medievales y problemas constructivos. Después de 1830 estos conocimientos pasan, poco a poco, el proyecto de edificios de nueva planta, y se abordan no sólo temas decorativos o residencias para escritores vanguardistas, sino también casas de pisos normales e importantes edificios públicos.

En Inglaterra se restauran y amplían en el mismo estilo numerosos edificios medievales, como el St. John's College de Cambridge (T. Rickman y H. Hutchinson, 1825) o el castillo de Windsor (J. Wyattville, 1826) y, cuando el viejo palacio de Westminster es

destruido en 1834 por un incendio, el concurso para la nueva sede del Parlamento inglés prescribe que el proyecto sea de estilo gótico o isabelino, tal como, de hecho, fue realizado por Charles Barry (1795-1860) (figura 66).

En Alemania, tras los trabajos para concluir la catedral de Colonia, comenzados en 1840, los edificios en estilo gótico se multiplican de una punta a otra del país.

En Francia, pese a la resistencia de la Academia, que controla buena parte de los encargos para edificios públicos, después de 1830 se realizan en estilo gótico buen número de casas privadas y edificios religiosos; en ocasiones el clero exige, sin más, los proyectos en gótico, como el arzobispo de Burdeos que prescribe dicho estilo para todas las obras de su diócesis; en 1852 se encuentran en construcción, en Francia, un número de iglesias góticas no inferior a cien.<sup>21</sup> De tal preferencia se sabe aprovechar la industria de ornamentos sagrados; hacia el año 1840 se forma una Société catholique pour la fabrication, la vente, la commissions de tous les objets consacrés au culte catholique; esta organización, y otras similares, inundan Francia y el mundo entero con una ola de candelabros, estatuas, sagrarios, cálices y ornamentos góticos, cuyo final todavía está por verse.

Sin embargo, los protagonistas de la polémica sobre el «gótico» procuran distinguir entre sus preferencias artísticas y las imitaciones comerciales corrientes. El movimiento para la revaloración del Medioevo, en Inglaterra, está ligado desde el principio a una polémica contra los objetos de uso común en estilo gótico, producidos desde hacía ya algún tiempo en «esas inagotables minas de mal gusto que son Birmingham y Sheffield»;<sup>22</sup> volveremos a esta discusión en el capítulo VI.

Uno de los manuales de mayor difusión, los *Principios del estilo gótico*, de F. Hoff-

<sup>21</sup> "Annales archéologiques", 1852, XII, página 164; véase L. HAUTECEUR, *op. cit.* t. VI, pág. 328.

<sup>22</sup> A. W. PUGIN, *The True Principles of Pointed or Christian Architecture*, Londres, 1841, pág. 23.

tadt, traducido en muchos idiomas, advierte al comenzar:

A medida que sabios y artistas han ido estudiando con todo detenimiento los monumentos medievales, ha ido creciendo el reconocimiento del valor de la arquitectura gótica.

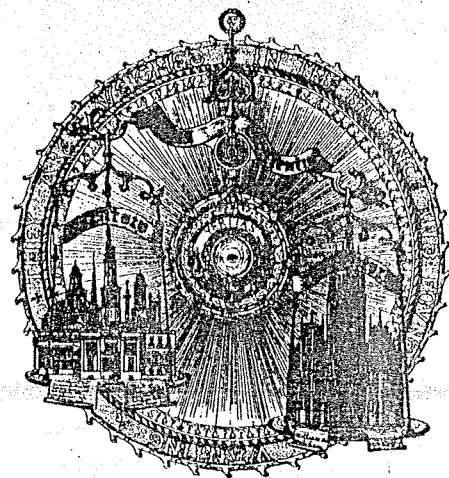
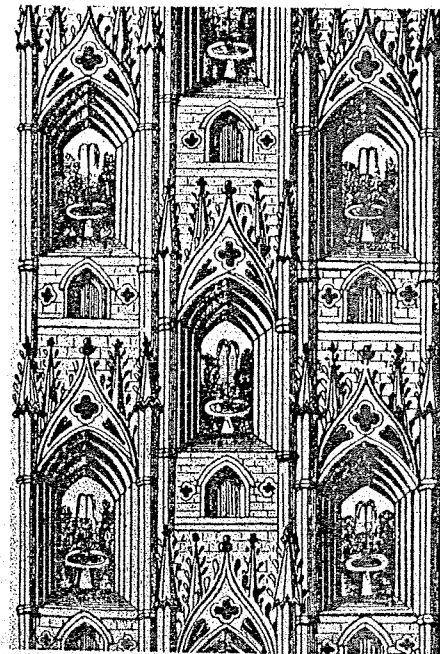
Sin embargo, no todo se ha limitado al simple reconocimiento del mérito y a la admiración por las obras maestras de este arte, durante largo tiempo decaído, por no decir desaparecido; sino que, frente a tales contrastes, se trató de hacerlo revivir y ponerlo en práctica. Si, a ojos de los conocedores, pocos de estos intentos se han visto coronados por el éxito, resulta fácil explicar la causa.

Si bien poseemos gran cantidad de colecciones preciosas, que ofrecen una variada muestra de los principales monumentos góticos, cuando se ha tratado de realizar alguna obra en dicho estilo, hemos limitado todo el estudio a introducir en los diversos modelos. Los detalles considerados más convenientes a la hora de componer un conjunto... sin ocuparnos de lo esencial, es decir, de las formas fundamentales que dan a este tipo de arquitectura el carácter que le es propio.

Si, además, se considera que desde tiempos remotos, sólo el estilo antiguo ha establecido la ley de las artes; que, pese a la tan aireada multiplicidad de los estudios artísticos, y pese al renacimiento del gusto por el gótico, el estudio de este estilo ha sido excluido por todas las instituciones; y, finalmente, que hasta ahora no existía ninguna obra elemental que pudiese guiar a artistas y artesanos, se comprende que, privados de estos medios, no se han podido evitar, ciertamente, los errores que encontramos en las construcciones llevadas a cabo.

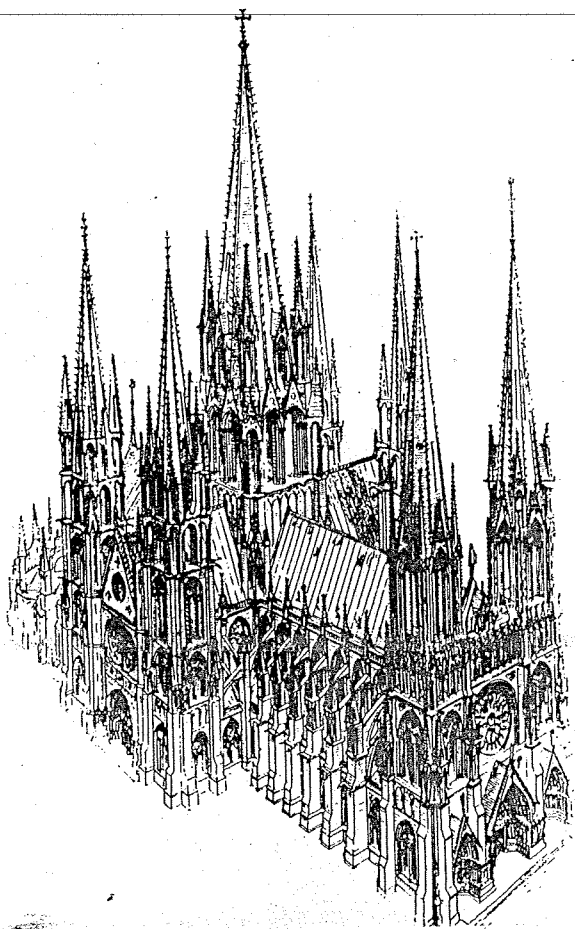
La presente obra debe borrar esta mancha y rellenar lagunas tan extendidas. Pero nadie debe limitarse a efectuar copias de los antiguos modelos, sino que se ocupará también de producciones y construcciones deducidas de los principios en los que se apoyaron los antiguos maestros, y que son la clave del estudio de este estilo.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> F. HOFFSTADT, *Principi dello stile gotico cavati dai monumenti del Medioevo ad uso degli artisti ed operai, ed ora dal francese in cui vennero tradotti dell'alemanno volgarizzati dal cavalieri Francesco Lazzari*, Venecia, 1858, prólogo.



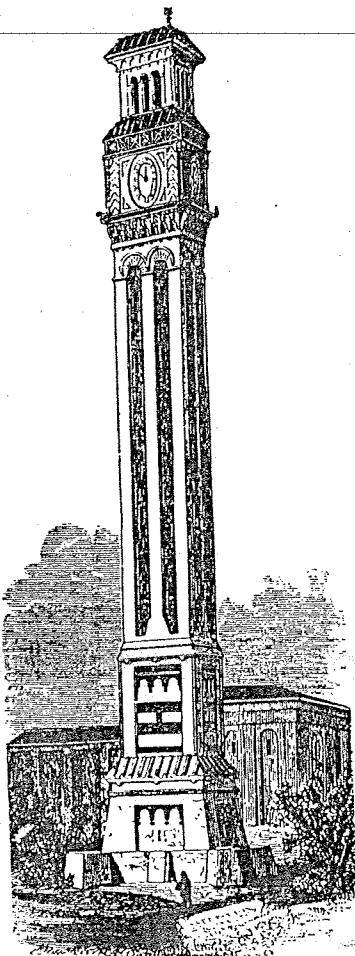
69 - Papel para empapelar neogótico (de A. W. Pugin, *The True Principles of Pointed or Christian Architecture*, 1841).

70 - Marmosete del libro *Contrasts*, de A. W. Pugin, 1836.



71 - Viollet le Duc, modelo de iglesia gótica francesa del siglo XIII.

72 - Una chimenea en forma de torre medieval (de R. Rawlinson, *Design for Factory, Furnace and other all Chimneys*, 1862).



La difusión del estilo gótico no se produce sin grandes dificultades; Alavoine se ve imposibilitado de entrar en el Institut por culpa de sus restauraciones medievales, y en la Ecole des beaux arts el estudio del gótico está prohibido.

En 1846 la Academia francesa lanza una especie de manifiesto en el que se condena, por arbitraria y artificiosa, la imitación de los estilos medievales. El gótico es un estilo que puede ser admirado históricamente, y deben conservarse los edificios góticos:

Pero, ¿se puede quizá retroceder cuatro siglos, y ofrecer una arquitectura nacida de las necesidades, costumbres y hábitos de la sociedad del siglo XII, como plasmación monumental de una sociedad que tiene sus propias necesidades, costumbres y hábitos?... La Academia comprende que pueda realizarse, por capricho o por diversión, un castillo o una iglesia góticas, pero está convencida de que este intento de volver a los tipos antiguos sería inútil, por su sinrazón. Es su opinión que, quien se sienta conmovido ante el gótico verdadero y antiguo, permanecerá frío e indiferente ante éste, plagiado y falsificado; opina también que la convicción cristiana no bastaría para suplir la falta de convicción artística; lo que cuenta para las artes y para la sociedad sólo puede ser, en suma, la naturalidad y legitimidad en el producirse, es decir, ser de su propia época.<sup>24</sup>

Viollet le Duc y Lassus responden que la alternativa propuesta por la Academia, es decir, el lenguaje clásico, es también un producto de imitación, con el agravante de que los modelos son aún más lejanos en el tiempo, hechos para otros climas y otros materiales, mientras que el arte gótico es un arte nacional. En la discusión participa también Ruskin, que en 1855 escribe: «No me cabe la menor duda de que el gótico septentrional del siglo XIII es el único estilo que se adapta a los trabajos modernos, en los países nórdicos.»<sup>25</sup>

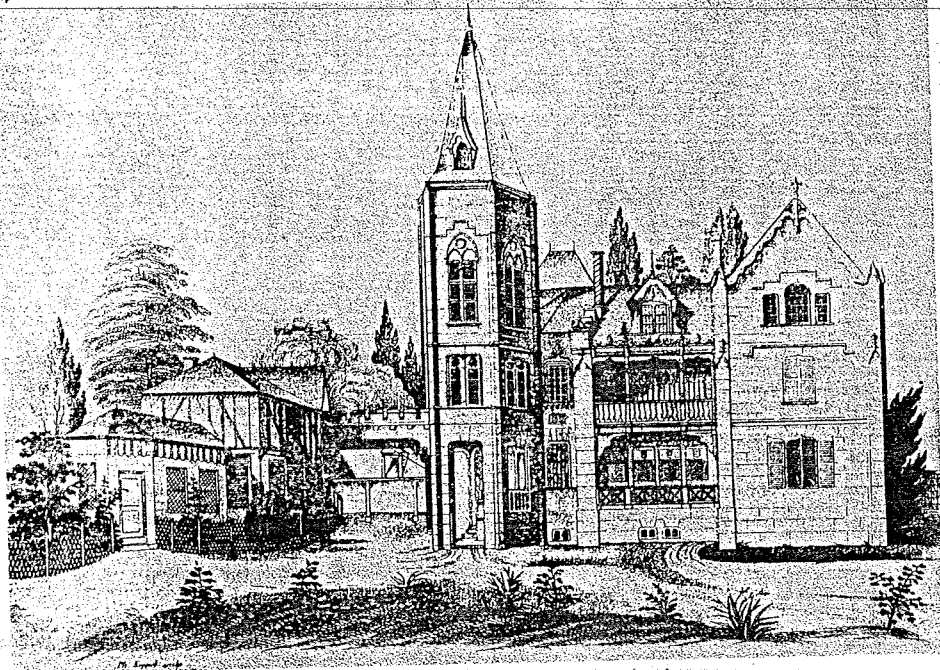
<sup>24</sup> Véase L. HAUTECOEUR, *op. cit.*, t. VI, páginas 336-337.

<sup>25</sup> J. RUSKIN, prólogo a la segunda edición de *Seven Lamps of Architecture*, 1855, trad. cast., Buenos Aires, s. d.

Bajo esta discusión aparentemente tan abstracta, se ocultan importantes problemas: la Academia rechaza el principio de la imitación porque considera al lenguaje clásico dotado de actualidad, de hecho o de derecho; se apoya esta tesis en una tradición aparentemente ininterrumpida, y en un conjunto de aplicaciones que han provocado la compenetración y casi identificación de las formas clásicas con los elementos constructivos y los procedimientos empleados en la edificación corriente. Los neogóticos ponen de manifiesto que la supuesta identidad entre reglas clásicas y reglas constructivas se basa en una simple convención, pero ponen en práctica otra convención, preferida a la anterior por razones externas, morales, religiosas y sociales.

Esta disputa produce diversos cambios en la cultura arquitectónica europea. Ya no es posible justificar la persistencia de las formas clásicas con la acítica formulación anterior, y el acuerdo tácito entre ingeniería y clasicismo, sometido a discusión, se disuelve lentamente; por otro lado, el nuevo lenguaje inspirado en los estilos medievales, no puede contar con una experiencia reciente de orden constructivo que le asegure el contacto con la técnica de la edificación contemporánea. De este modo, en uno y otro campo, divergen cada vez más los caminos del arquitecto y del ingeniero.

Mientras la sociedad está comprometida en la tarea de satisfacer las tareas organizativas surgidas a raíz de la revolución industrial, y los ingenieros participan en primera línea en este trabajo, proporcionando a higienistas y políticos los instrumentos necesarios —baste recordar la figura de Robert Stephenson (1803-1859), constructor de puentes y miembro de la comisión real para el informe sobre las grandes ciudades realizada entre 1844 y 1845, justamente al mismo tiempo que atiende el proyecto de su obra más importante, el Britannia tubular bridge, de 1849—, los arquitectos se apartan de esta realidad, refugiándose en discusiones



sobre las diversas tendencias y el mundo de la pura cultura.

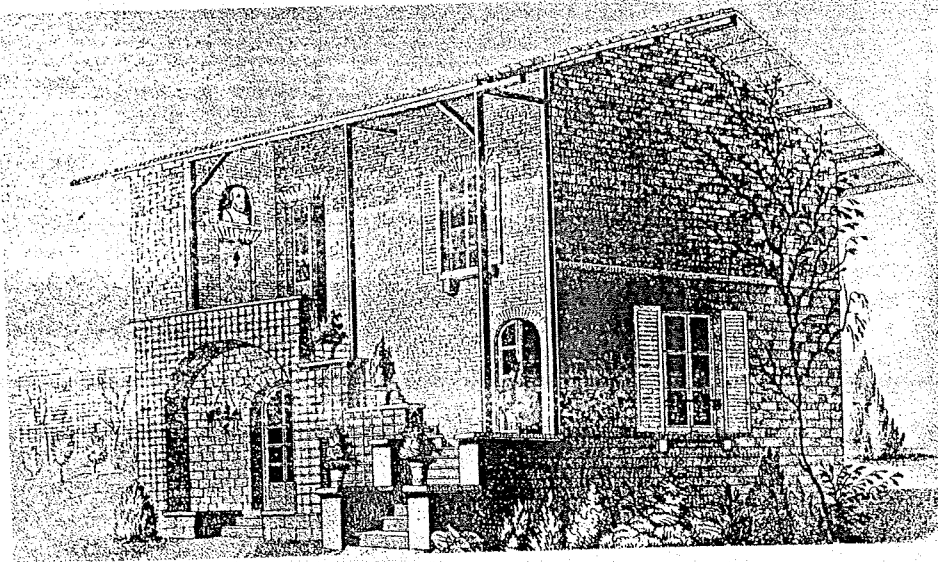
Por otra parte, el movimiento neogótico contiene algunos detalles favorables a la renovación de la cultura arquitectónica. El lenguaje neogótico no puede darse por conocido, como el del neoclásico, limitándose a las apariencias, porque no puede contar con una tradición reciente, sino que debe ser exhumado de monumentos que tienen muchos siglos de vida. Así, los arquitectos deben reconstruir por su cuenta los «principios», las «razones», los «motivos» que se encuentran tras lo aparente. Al realizar esta operación se ven obligados a abarcar los límites del estilo, a reflexionar sobre los datos previos de la arquitectura y sobre sus relaciones tanto con las estructuras políticas y sociales como con las morales.

Los arquitectos neogóticos están, por otra parte, ligados al hábito de la perspectiva y ven en perspectiva los modelos medievales. Por ello, los edificios neogóticos difieren de los góticos en mayor medida que los neoclásicos difieren de los clásicos; se corrigen las irregularidades, las citas aproximadas dejan de serlo, para convertirse en rigurosas. En particular, se intenta reproducir la estructura abierta, repetitiva y antivolumétrica de ciertos modelos, especialmente ingleses, mediante la unión de varios episodios volumétricos, pero independientes entre sí; resulta un tipo de composición «pintoresca» (usado sobre todo en mansiones y residencias individuales), formalmente aún convencional,

pero capaz de convertirse, de inmediato, en el soporte de las experiencias innovadoras de Richardson, de Olbrich, de Mackintosh y de Wright. Se establece así una tensión entre los originales y las copias, que suaviza, lentamente, la relación de imitación y descalza los fundamentos de la perspectiva, de los que dependen todos los hábitos visuales comunes.

Por esta razón, el medievalismo representa, por un lado, un aislamiento mayor de los artistas y es el producto de una élite de inspiración literaria; pero al mismo tiempo el terreno cultural donde van a surgir algunas de las más importantes contribuciones al movimiento moderno; baste pensar en Morris, en Richardson, en Berlage.

En la edificación común, la polémica entre neoclásicos y neogóticos produce, sobre todo, desorientación. Mientras no existía más que un estilo a imitar, no se evidenciaba el carácter convencional de tal imitación, y la adhesión a aquellas formas se hacía con más convicción. Ahora hay tal cantidad de estilos que adherirse a uno u otro se vuelve más incierto y problemático; se comienza a considerar el estilo como simple revestimiento decorativo para ser aplicado, según la ocasión, a un esquema constructivo indiferente, y se ven también edificios aparentemente privados de todo revestimiento estilístico; especialmente casas de campo (fig. 74), en donde los elementos constructivos son exhibidos brutalmente, al margen de todo control compositivo.



73, 74 - París, castillo en las cercanías de Poissy (Bridant, 1840) y casa de campo en las cercanías de Passy (de Normand fils, *Paris moderne*).



75 - Caricatura del barón Haussmann como *artiste démolisseur*.

### 1. Los motivos de la reordenación de París

Como ya se ha dicho, la urbanística moderna da sus primeros pasos entre 1830 y 1850. Pero no nace en los estudios de los arquitectos —donde se discute si se debe escoger el estilo clásico o el gótico, despreciando consecuentemente la industria y sus productos— sino, precisamente, de la experiencia de los defectos de la ciudad industrial, y gracias a los técnicos e higienistas que se esfuerzan en dar con el remedio. Las primeras leyes de sanidad constituyen el modesto principio sobre el cual se construirá paulatinamente el complicado edificio de la legislación urbanística contemporánea.

Por ahora, sin embargo, la atención de los reformadores se fija sólo en algunos sectores, y su acción se dirige a eliminar algunos males particulares, como la insuficiencia de alcantarillados y de agua potable o la difusión de las epidemias. Si, tratando un problema, aparecen otros nuevos, ello sucede, por así decir, involuntariamente. La construcción de la red de evacuación y traída de aguas exige un mínimo de regularidad, planimétrica y altimétrica, de las nuevas construcciones; el mantenimiento de las instalaciones urbanas implica una nueva estructuración de los departamentos técnicos municipales, así como la facultad de obligar a los propietarios a determinadas prestaciones. La ejecución de algunas obras públicas, como carreteras y ferrocarriles, requiere nuevos procedimientos de expropiación del suelo y una

serie de nuevos instrumentos técnicos, entre ellos una cartografía exacta.

Para controlar determinados aspectos de la ciudad industrial entran en juego otros aspectos, con lo que el control debe extenderse, gradualmente, a nuevos sectores.

Si estos métodos de intervención no se ordenan en un sistema homogéneo y no llegan a abarcar todo el organismo urbano, esto se debe, fundamentalmente, a dificultades políticas.

Las reformas realizadas entre 1830 y 1848 responden todavía, en su conjunto, a la ideología liberal; se acepta la necesidad de la intervención pública en algunas materias específicas, pero sin alterar substancialmente la naturaleza y la entidad de los deberes del Estado y de las administraciones locales, en lo concerniente a la totalidad de la vida económica y social.

No existe la idea de una programación pública que estimule y coordine las iniciativas especializadas de las autoridades y de los particulares; de ahí que no pueda nacer una auténtica política urbanística.

Quienes toman conciencia del desbarajuste de la ciudad industrial tratan de remediar cada problema en particular, siguiendo los habituales canales administrativos especializados (como Chadwick y los reformadores de quienes se ha hablado en el capítulo anterior), o bien critican radicalmente tanto la ciudad como la sociedad liberal que la ha producido, y contraponen otros modelos sociales y urbanísticos a realizar lejos de las

ciudades existentes (como los teóricos socialistas de quienes se hablará en el capítulo VI).

La revolución de 1848 interrumpe ambas líneas de pensamiento y acción; la izquierda socialista, tras haber intentado alcanzar el poder, en alianza con la izquierda liberal, es de nuevo rechazada a la oposición, y se organiza basándose en nuevos planteamientos teóricos que niegan toda validez a las propuestas urbanísticas de la generación anterior.

En los países más importantes de Europa, las insurrecciones de 1848 y sus consecuencias llevan al poder a una derecha conservadora de nuevo tipo: Napoleón III en Francia, Bismarck en Alemania, los nuevos *torries* dirigidos por Disraeli en Inglaterra.

Esta nueva derecha, autoritaria y popular, considera necesario un control directo del Estado en muchos sectores de la vida económica y social, así, lleva a cabo una serie de reformas, en parte continuadoras de las del venenito precedente, pero que se distinguen por su carácter coordinado, además de por su intención contrarrevolucionaria.

La urbanística tiene un papel importante en este nuevo ciclo de reformas y se convierte en uno de los más eficaces instrumentos del poder, especialmente en Francia.

Las experiencias técnicas, descritas en el capítulo I, ya no obstaculizadas, sino alentadas por el nuevo clima político, se desarrollan con una gran rapidez en los decenios que siguen a 1848, formando muy pronto un sistema coherente, firmemente arraigado en la legislación y en la práctica administrativas. Nace así lo que podríamos llamar la *urbanística neoconservadora*, a la que se debe la reorganización de las ciudades europeas (y de las coloniales dependientes de las potencias europeas) en la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros decenios del siglo XX.

La creación de esta experiencia urbanística, fomentada por los mencionados motivos políticos, no hubiera sido tan rápida sin el ejemplo de los *grands travaux* de París, pro-

movidos por Napoleón III inmediatamente tras su subida al poder.

Una serie de circunstancias favorables —la novedad del experimento, la posibilidad de utilizar una ley urbanística avanzada como la republicana de 1850, el alto nivel técnico de los ingenieros formados en la Ecole Polytechnique, la resonancia cultural de todo lo que ocurre en la capital francesa y, sobre todo, las dotes personales del barón Haussmann, prefecto del Sena desde 1853 hasta 1869 y responsable de todo el programa— convierten la transformación de París en un hecho importante y ejemplar. Por primera vez se dicta y aplica, coherentemente y en un período de tiempo bastante corto, un conjunto de disposiciones técnicas y administrativas que atañen a una ciudad de más de un millón de habitantes.

Seguramente que ni el emperador ni el prefecto tuvieron plena conciencia del alcance de su iniciativa. Más que los planteamientos a largo plazo, influyeron en sus planes necesidades de orden inmediato: la exigencia de asegurar el orden público y de ganarse el favor popular con obras imponentes; y también la especulación en la edificación pesó más de lo deseable. Sin embargo, por primera vez se planteó el problema de un plan regulador para una ciudad moderna, en armonía con el nuevo orden económico; y el plan no sólo quedó dibujado en el papel, sino que fue trasladado a la realidad y controlado en todas sus implicaciones técnicas y formales, administrativas y financieras.

La personalidad de Haussmann, como la de Chadwick, veinte años antes, interviene en el curso de los acontecimientos como factor de primera importancia.

El barón Georges - Eugène Haussmann (1809-1891), funcionario de profesión, desempeña el cargo de prefecto de la Gironda desde 1851. El ministro del Interior, Persigny, al conocerle durante una comida oficial, lo describe de la siguiente manera:

Quien más me ha chocado de todos ellos ha

aido Haussmann. Pero, cosa rara, más que sus dotes intelectuales, ciertamente notables, me han impresionado los defectos de su carácter. Tenía ante mí a uno de los tipos más extraordinarios de nuestro tiempo: alto, fuerte, vigoroso, enérgico, y al mismo tiempo fino, astuto, fértil en recursos; este hombre audaz no temía mostrarse abiertamente como era. Hubiera podido estar hablando seis horas sin parar, con tal de que fuese sobre su tema preferido: él mismo. Su personalidad egocéntrica se alzaba ante mí con una especie de cinismo brutal. He aquí, me decía yo, el hombre ideal para luchar contra los astutos, escépticos y sin escrúpulos. Dónde hubiera fracasado el caballero de espíritu más elevado, más sutil, de carácter más noble y más recto, triunfará sin duda este atleta vigoroso de anchas espaldas, rebosante de audacia y habilidad, capaz de oponer expedientes frente a expedientes, insidias frente a insidias.<sup>1</sup>

Haussmann cuenta, en sus memorias, que desde la llegada al poder de Luis Napoleón había pensado en la posibilidad de ser elegido prefecto del Sena, y que había hecho un balance de las posibilidades que ofrecía el cargo. Cuando el ministro le preguntó qué podría hacerse desde aquel puesto, él contestó:

Nada con el prefecto actual o con cualquier otro político veterano; todo con un hombre provisto, por su posición y por los servicios prestados al Gobierno, de la suficiente autoridad como para emprender y concluir grandes obras, con la suficiente energía física y espiritual para luchar contra las costumbres, tan arraigadas en Francia, y para asumir personalmente los muchos deberes, distintos y laboriosos, además de los deberes de representación condicionados por el importante papel que habrá sabido tomarse. La prefectura del Sena me recuerda aquel gran órgano de Saint-Roch, del que nadie, según la leyenda, ha podido oír nunca el registro completo, pues se temía que las vibraciones de los tubos gruesos de la octava baja hubieran podido derrumbar

las bóvedas de la iglesia. Desde Napoleón, ningún gobierno, sin excepción, se ha preocupado de instalar en el Hôtel de Ville de París un verdadero prefecto del Sena, es decir, alguien capaz de tocar en toda la extensión este temible instrumento. Nadie ha comprendido la ventaja que se podría obtener desde tal cargo, que depende de una sola elección, la del poder central, si se pudiese ocupar con suficiente autoridad, habiendo sido honrado personalmente con la confianza del jefe del Estado.<sup>2</sup>

A su vez, Luis Napoleón construye su poder sobre los temores causados por la revolución socialista de febrero de 1848, y se apoya en la fuerza del ejército y en el prestigio popular, en contra de la burguesía intelectual y de la minoría obrera. Tiene, por tanto, un interés directo en la realización de grandes obras públicas en París, desatendidas por los gobiernos precedentes, para consolidar su popularidad con testimonios tangibles, y también para hacer más difíciles futuras revoluciones, demoliendo las estrechas calles medievales y sustituyéndolas por arterias espaciosas y rectilíneas, adecuadas a los movimientos de tropas.

Hoy día este segundo motivo parece desproporcionado respecto a tan costosos trabajos; sin embargo, es totalmente comprensible si se piensa en la inquietud del monarca por los recientes sucesos de julio de 1830, de febrero y de junio de 1848, sin hablar de los recuerdos de la Gran Revolución. En cada crisis política las insurrecciones revolucionarias nacen de los barrios del viejo París, y las propias calles proporcionan a los rebeldes, a un mismo tiempo, posiciones de defensa y armas ofensivas. Basta leer esta proclama de 1830, en la cual el gobierno provisional sugiere cómo hacer frente a las tropas regulares, con la frialdad de una orden de servicio en una fábrica:

Franceses, todos los medios de defensa son legítimos. Desempedrad las calles, esparcid los adoquines aquí y allí, dejando entre uno y otro

<sup>1</sup> PERSIGNY, *Mémoires*, pág. 251, cit. por P. LAYBAND, *L'arrivée au pouvoir*, en «La Vie urbaine», nouv. série, ns. 3-4 (1953), págs. 181-182.

<sup>2</sup> G. E. HAUSSMANN, *Mémoires*, París, 1890, vol. II, págs. 9-10.

una distancia de más o menos un pie, para frenar la marcha de la infantería y de la caballería; subid el mayor número posible de adoquines al primer piso, al segundo y a los pisos superiores, por lo menos veinte o treinta adoquines por casa, y esperad tranquilamente a que los batallones estén atascados en medio de la calle artes de tirárselos. Que todos los franceses dejen puertas, pasillos y patios abiertos, para poder dar refugio y ayudar a nuestros tiradores. Que los habitantes conserven su sangre fría y no se asusten. Las tropas no se atreverán jamás a entrar en las casas, sabedores de que allí encontrarían la muerte. Convendría un individuo en cada puerta, para cubrir la entrada y salida de nuestros tiradores. Franceses, nuestra salvación está en vuestras manos: ¿la abandonarentos? ¿Quién de nosotros no prefiere la muerte a la esclavitud?

En la revolución de febrero de 1848 se emplean con éxito los mismos métodos que dificultarían la represión de la sublevación obrera de junio; además, el emperador ha comprobado, tras el golpe de estado de diciembre de 1851, la utilidad de los grandes *boulevards* rectilíneos (fig. 80) para atacar a las masas con descargas de fusilería. Es natural que ahora se preocupe de acabar, de una vez para siempre, con la posibilidad de que vuelvan a repetirse las barricadas populares.

Junto con estas preocupaciones de orden político, hay además motivos económicos y sociales que le empujan en el mismo sentido. París, en la época de la Revolución y del Primer Imperio, tiene alrededor de medio millón de habitantes, pero bajo la Restauración y, más aún, bajo la monarquía de julio, empieza a crecer (aunque no con el ritmo impresionante de Londres) y con la subida al poder de Napoleón III alcanza aproximadamente el millón de habitantes. El centro de la ciudad antigua muestra ya claramente su incapacidad para soportar el peso de un organismo tan desarrollado; las calles medievales y barrocas son insuficientes para el tráfico, las viejas casas no responden a las exigencias higiénicas de la ciudad industrial, la concentración de las funciones y de los

intereses en la capital ha encarecido tanto los precios de los terrenos, que se hace inevitable una transformación radical de la edificación.

La casualidad quiere que en este momento llegue al Hôtel de Ville un prefecto dotado de una energía y ambición excepcionales, capaz de unificar los motivos políticos y los económicos, de crear una organización de oficinas que confiera a los trabajos cierto automatismo, y de vencer las dificultades previstas, valiéndose, como factor decisivo, de sus dotes personales de astucia y valor.

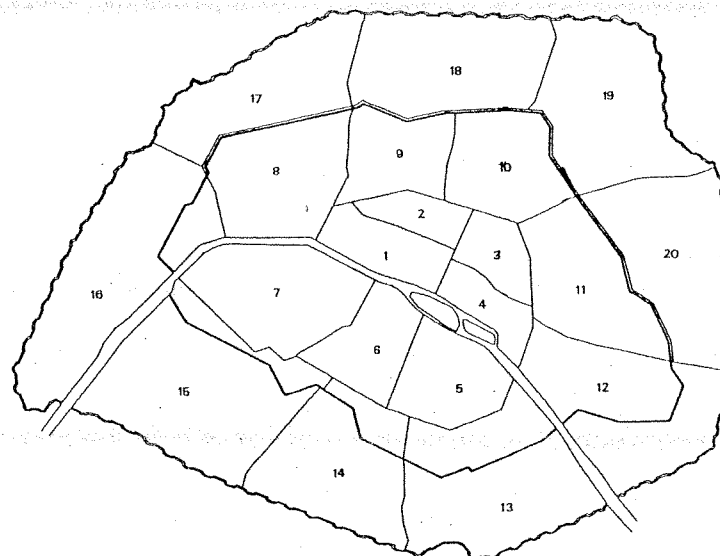
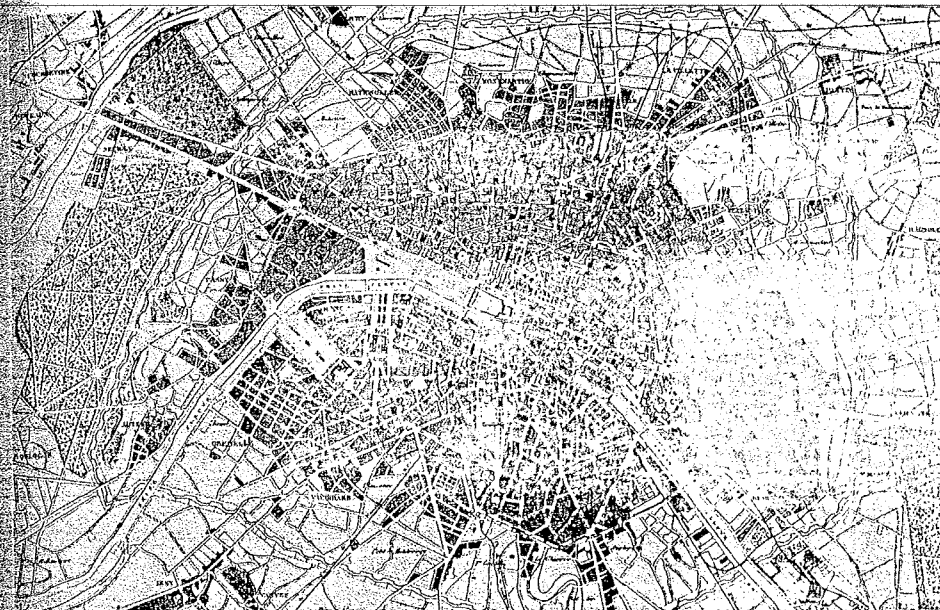
## 2. La obra de Haussmann

Apenas instalado en el Hôtel de Ville, Haussmann reorganiza los servicios técnicos según criterios modernos; llama para dirigir dichos servicios a algunos ingenieros de primer orden, ya probados en encargos anteriores. Así asegura un instrumento ejecutivo capaz y rentable; se enfrenta personalmente con organismos y funcionarios administrativos, sostenido por la confianza que el emperador ha depositado en él, y hace pesar sobre ellos, sin reserva alguna, la fuerza de su posición, sometiéndolos completamente a sus proyectos.

Las obras realizadas por Haussmann en sus diecisiete años de poder se pueden dividir en cinco categorías.

Ante todo, las obras viarias: la urbanización de los terrenos periféricos con el trazado de nuevas retículas viarias, y la apertura de nuevas arterias en los viejos barrios, construyendo los edificios a lo largo del nuevo trazado.

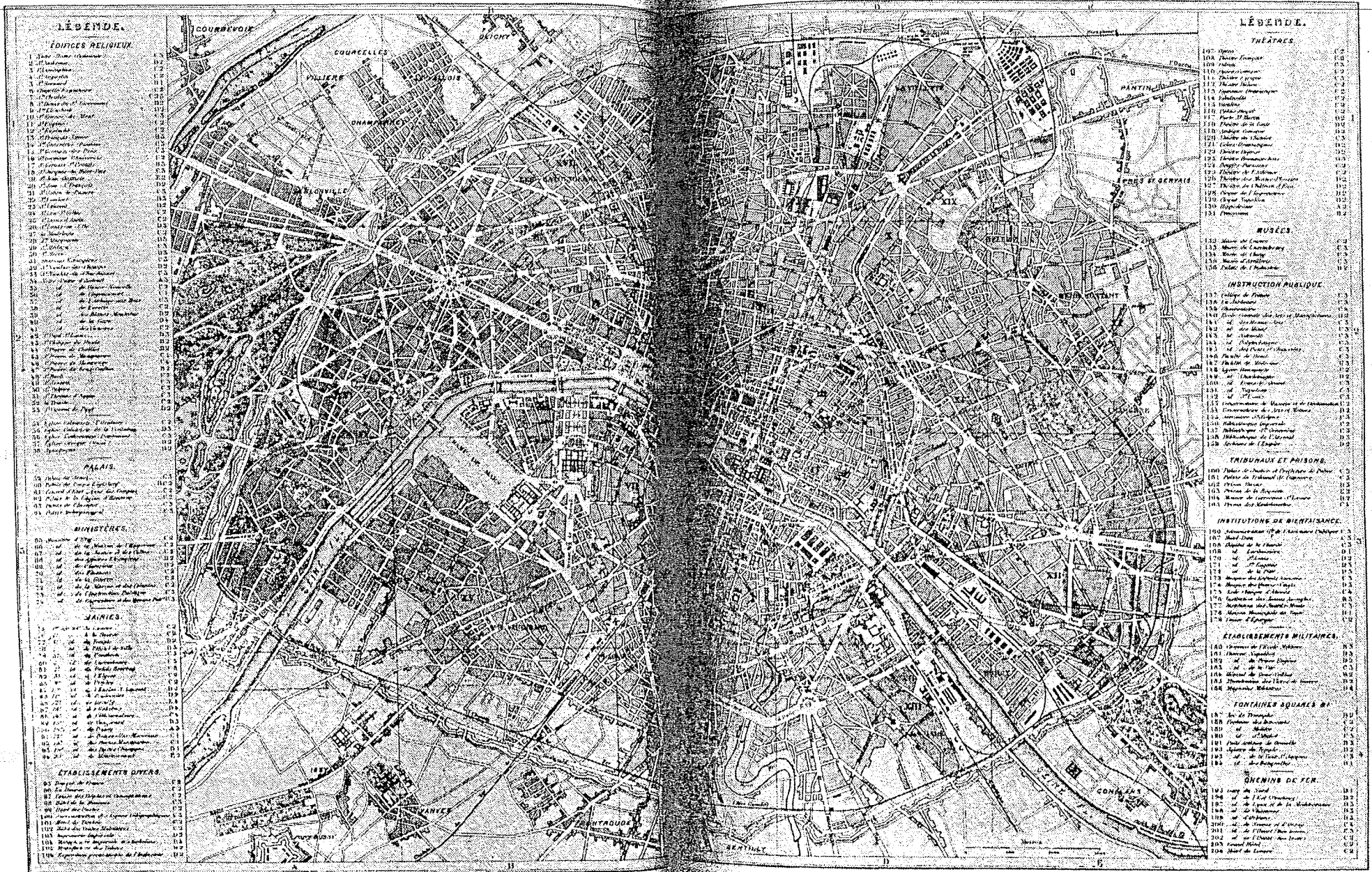
El viejo París tenía 384 kilómetros de calles en el centro y 355 en los suburbios; Haussmann abre en el centro 95 kilómetros de nuevas calles (suprimiendo 49) y 70 kilómetros en la periferia (suprimiendo 5). El núcleo medieval queda cortado en todos los sentidos, separando muchos de los viejos barrios, especialmente los peligrosos barrios del este, foco de todas las revueltas. En la



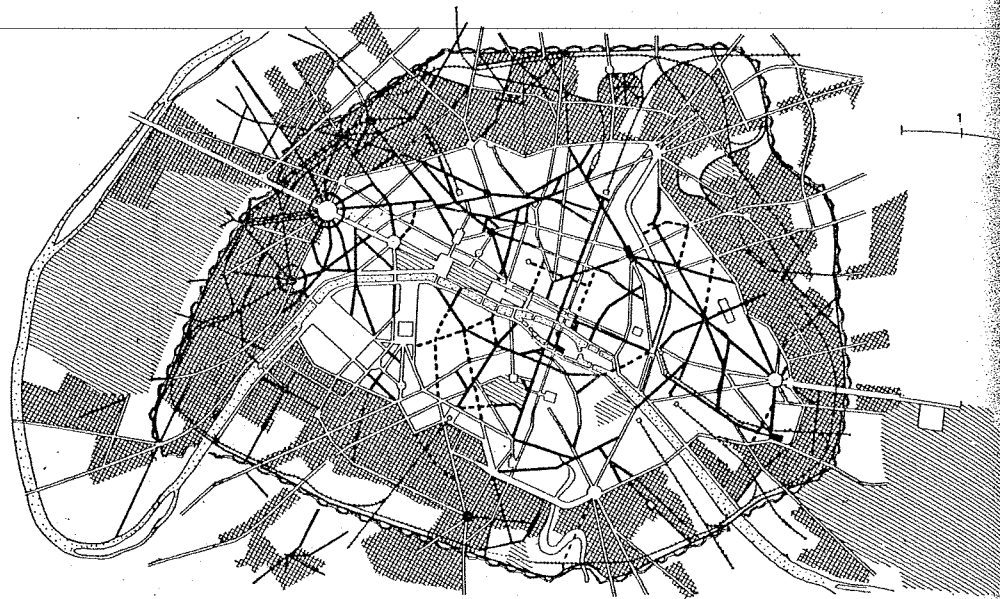
76 - Plano de París en 1853 (de E. Texier, *Tableau de Paris*).

77 - Los límites administrativos de la ciudad de París antes y después de 1859, con la división haussmanniana en veinte *arrondissements*.





78 - Plano de París en 1873 (de A. Joanne, Paris illustré).



79 - Esquema de los percements efectuados por Haussmann; en blanco las calles ya existentes, en negro las abiertas durante el Segundo Imperio; en cuadrícula los nuevos barrios; en rayado las zonas verdes.

práctica, Haussmann superpone al cuerpo de la antigua ciudad una nueva red de calles anchas y rectilíneas (fig. 79), formando un sistema coherente de comunicaciones entre los centros principales de la vida ciudadana y las estaciones de ferrocarril, asegurando al mismo tiempo directrices eficaces de tráfico, de cruce y de defensa; procura no destruir los monumentos más importantes, sino que los aísla y emplea como puntos de fuga para las nuevas perspectivas de las calles.

La construcción a lo largo de las nuevas calles se realiza con una normativa más detallada que en el pasado: en 1852 se establece la obligación de presentar una solicitud de construcción; en 1859 se modifica el antiguo reglamento de la construcción en París, de 1783-1784, y se fijan nuevas normas que relacionan la altura de las casas con la anchura de las calles (en las calles cuya anchura sea de veinte metros o más la altura deberá ser igual a la anchura; en

las calles más estrechas puede ser mayor, hasta una vez y media) y, al mismo tiempo, se limita la inclinación de las cubiertas a 45 grados.

Si se consideran los criterios de proyectar las realizaciones de Haussmann aparecen como la continuación, a mayor escala, de los sistemas barrocos, basados en análogos conceptos de regularidad, de simetría, de *culte de l'axe*. Pero las obras de Haussmann se parecen a las de Mansart y Gabriel de la misma forma que los edificios neoclásicos se parecen a los de la tradición clásica; aparentemente nada ha cambiado, pero en realidad el repertorio formal de la tradición sólo se está aplicando de manera convencional, para cubrir nuevas búsquedas impuestas por las nuevas circunstancias. En nuestro caso, los trabajos de edificación deben considerarse en el marco de las transformaciones técnicas y administrativas enumeradas a continuación.

En segundo lugar, la construcción de edi-

ficios dirigida directamente por la Prefectura y por otras entidades públicas.

Es tarea de la Prefectura la construcción de los edificios públicos en los nuevos barrios y en los viejos que sufrieron alguna de las transformaciones de que se ha hablado; escuelas, hospitales, cárceles, oficinas administrativas, bibliotecas, colegios, mercados. El Estado se encarga, a su vez, de los edificios militares y de los puentes.

De los proyectos de estos edificios —reproducidos en 1881 por Narjoux en una gran publicación— se ocupan los arquitectos más ilustres de la época: Labrousse, Baltard, Vaudremer, Hittorf. El repertorio estilístico de la cultura ecléctica se aplica a menudo con discreción, especialmente por parte de racionalistas como Labrousse y Vaudremer y se consigue definir una gama completa de tipología distributiva, que llegará a ser ejemplar para toda Europa.

El problema de las viviendas destinadas a las clases menos pudientes y la exigencia de una intervención estatal para garantizar las condiciones mínimas de distribución e higiene, independientemente de la capacidad económica de los destinatarios, comienzan, en esta ocasión, a formar parte de la práctica política y administrativa, aunque en medida insuficiente para las necesidades.

Luis Napoleón, todavía como presidente de la República, se ocupa personalmente del problema, hace aprobar un presupuesto por valor de 50.000 francos y construye un primer conjunto de casas populares en la calle Rochechouart, la Cité Napoleón. En 1852, nada más ser proclamado emperador, destina diez millones de francos para financiar otros dos conjuntos, en Batignolles y en Neuilly. Estas demostraciones aisladas de mecenazgo no producen cambios sensibles en el estado de las viviendas obreras parisienses, sometidas a una especulación privada que, por otro lado, el poder imperial favorece absolutamente.

Merecen mención aparte las obras para la creación de parques públicos. Hasta este momento, París posee únicamente los par-

ques construidos durante el *ancien régime*: el Jardín des Tuileries y los Champs Elysées, en la orilla derecha; el Champ de Mars y el Luxembourg, en la izquierda. Haussmann empieza a estructurar el Bois de Boulogne, antiguo bosque situado entre el Sena y las fortificaciones occidentales; por su situación y su proximidad a los Champs Elysées, este parque se convierte pronto en punto de reunión de la vida más elegante de París.

Al otro lado de la ciudad, en la confluencia con el Marne, se organiza el Bois de Vincennes, destinado a los barrios del este, para manifestar la solicitud del emperador por las clases populares. Al norte y al sur, justo dentro de las fortificaciones, se crean dos jardines menores, las Buttes-Chaumont y el Parc Montsouris.

Haussmann cuenta para estos trabajos con un colaborador excelente, Adolphe Alphand (1817-1891); en sus memorias se detiene muy complacientemente para hablar de sus obras de jardinería, y actualmente esta faceta de su obra es, quizá, la que más acredita su fama.

Haussmann rehueva también las instalaciones del viejo París.

Para las instalaciones hidráulicas encuentra un precioso colaborador en el ingeniero François Eugène Belgrand (1810-1878), un oscuro funcionario de provincias llamado a París para proyectar los nuevos acueductos y las instalaciones para la extracción de agua del Sena, aumentando el caudal de suministro de agua desde 112.000 m<sup>3</sup> al día a 343.000, y la red de conducción desde 747 a 1.545 kilómetros (figs. 87 y 88). Belgrand construye además la nueva red de alcantarillado, que desde 146 kilómetros pasa a 560, conservando sólo 15 kilómetros de la red anterior, mientras que los desagües al Sena se trasladan mucho más hacia abajo, con un sistema apropiado de colectores. Los puntos de luz se triplican, pasando de 12.400 a 32.320 mecheros a gas. Se reorganiza el servicio de transportes públicos, confiándolo a una sola compañía a partir de 1854, la



Compagnie générale des omnibus, y, en 1885, se inaugura un servicio regular de coches de punto. En el año 1866 se adquiere el terreno de Méry-sur-Oise para la construcción de un nuevo cementerio.

Y por fin, Haussmann modifica la distribución administrativa de la capital. En 1859 once municipalidades alrededor de París, comprendidas entre la línea de fieltro y las fortificaciones de Thiers - Auteuil, Passy, Batignolles, Montmartre, La Chapelle, La Villette, Belleville, Charonne, Bercy, Vaugirard y Grenelle son anexionadas a la ciudad de París; los doce *arrondissements* tradicionales aumentan a veinte, y una parte de las funciones administrativas se descentraliza en las veinte *mairies* de cada *arrondissement*.<sup>3</sup>

El límite de la ciudad coincide ahora con las fortificaciones; se piensa también en agregar a la ciudad una franja de 250 metros en el exterior, manteniéndola libre para la construcción de una vía rápida de circunvalación, pero no se consigue substraer estos terrenos a la especulación de la edificación.

Las obras viarias de Haussmann han sido posibles gracias a la ley del 13 de abril de 1850, que permite expropiar, además de las áreas necesarias para las calles, todos los inmuebles que se levantan dentro del perímetro de las obras; el 23 de mayo de 1852 un decreto del Senado modifica el procedimiento establecido en 1841, y permite la expropiación no sólo por medio de la ley, sino también por una simple deliberación del poder ejecutivo.

La primera ley nace en el clima revolucionario de la Segunda República, la segunda, en cambio, refleja el nuevo orden autoritario, que se constituye como consecuencia de la revolución de febrero. Aparentemente, la decisión del Senado facilita la acción planificadora de las administraciones, pero en realidad establece una estricta dependencia de los actos administrativos a las directivas po-

<sup>3</sup> Los datos cuantitativos se encuentran en G. E. HAUSSMANN, *op. cit.*, vol. II, cap. XX, páginas 507-534.

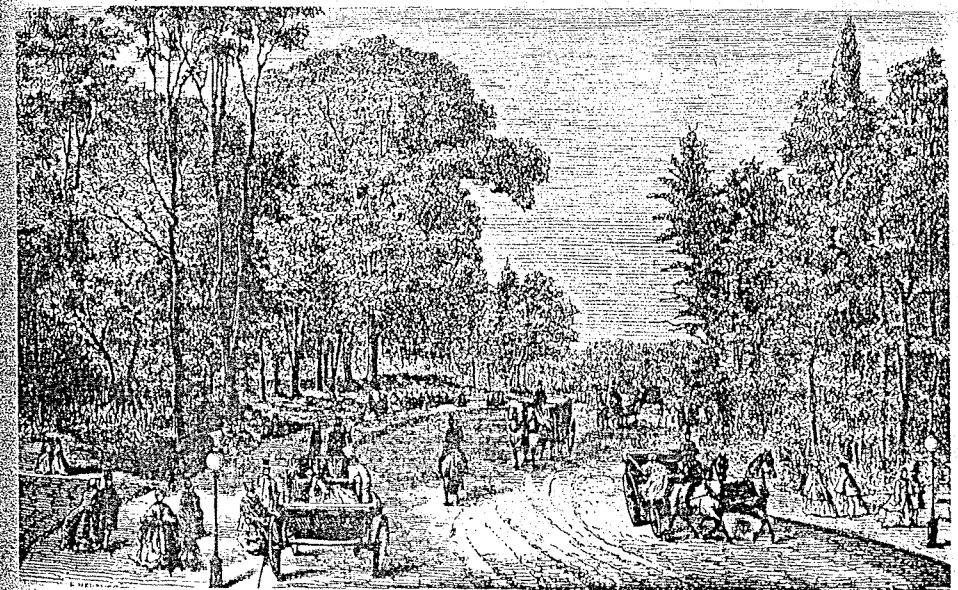
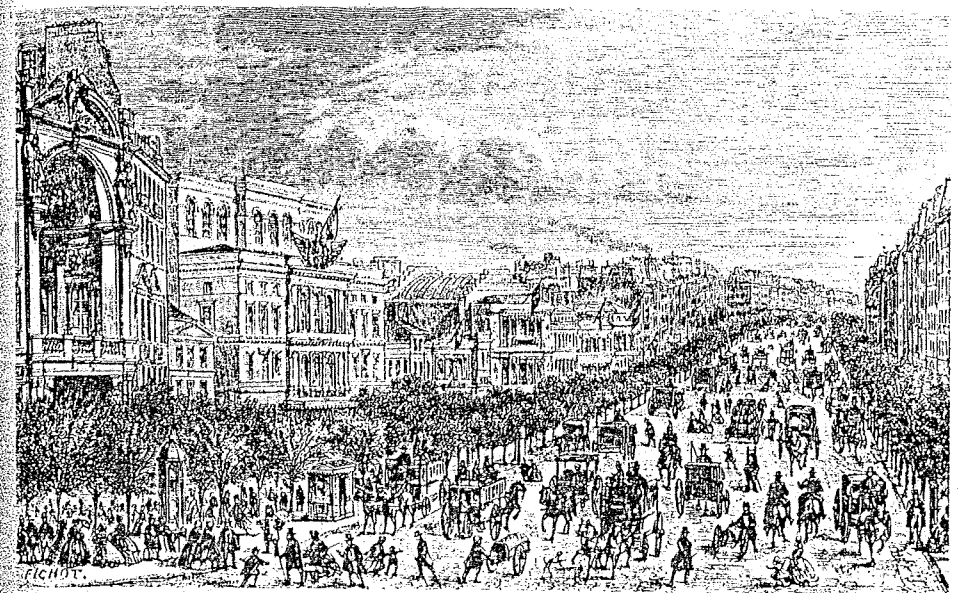
líticas, es decir, a los intereses de las capas sociales que controlen el poder.

Estos intereses tienden a limitar la interferencia de las autoridades en las cuestiones económicas; por lo que las leyes serán interpretadas en un sentido cada vez más restrictivo, estorbando gravemente la ejecución de los planes (las vicisitudes urbanísticas reproducen fielmente las contradicciones y las ambigüedades del sistema político del Segundo Imperio).

El Consejo de Estado, tras largas discusiones, decide, el 27 de diciembre de 1858, que los terrenos destinados a la construcción, una vez expropiados y estructurados según los planes, deben ser restituidos a sus antiguos propietarios, lo que significa que el aumento del valor determinado por las obras municipales revierte enteramente en los propietarios, en vez de beneficiar a la Municipalidad.

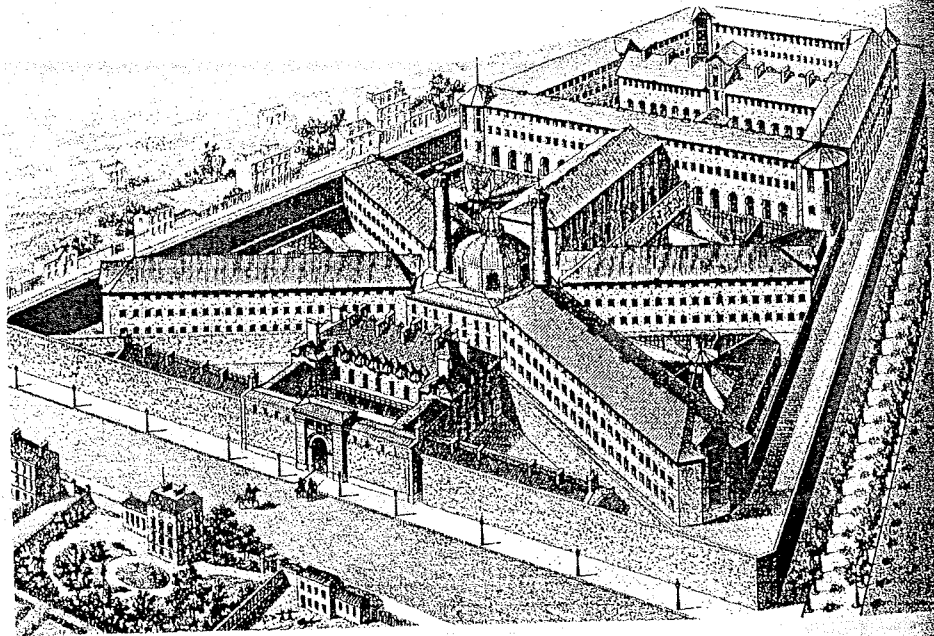
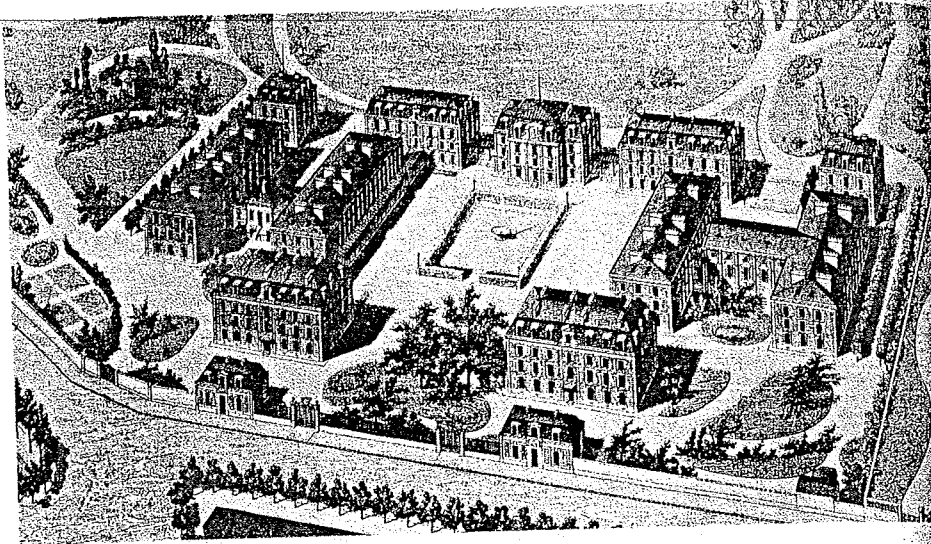
Haussmann lamenta esta decisión considerándola injusta, pero la jurisprudencia de su época está en contra suya. La ciudad de París, a causa de esta sentencia, debe soportar sola todos los gastos de los trabajos de Haussmann, sin poder contar con ninguna aportación de los propietarios, que son los beneficiados. A pesar de todo, el valor productivo de los trabajos se manifiesta igualmente, y Haussmann puede hacerse con los fondos necesarios por medio del crédito libre, utilizando sólo una pequeña parte de las contribuciones del Estado.

De hecho, las obras públicas no sólo hacen aumentar el precio de los terrenos que las circundan, sino que también influyen sobre toda la ciudad, contribuyendo a su desarrollo y aumentando la renta global. Estos efectos garantizan por sí solos un continuo aumento de los ingresos ordinarios de la Municipalidad y permiten recurrir a las instituciones bancarias para pedir en préstamo grandes sumas, como cualquier empresa privada. Desde 1853 a 1870 Haussmann gasta alrededor de dos mil millones y medio de francos en obras públicas y recibe del Estado sólo cien millones, sin imponer nuevas

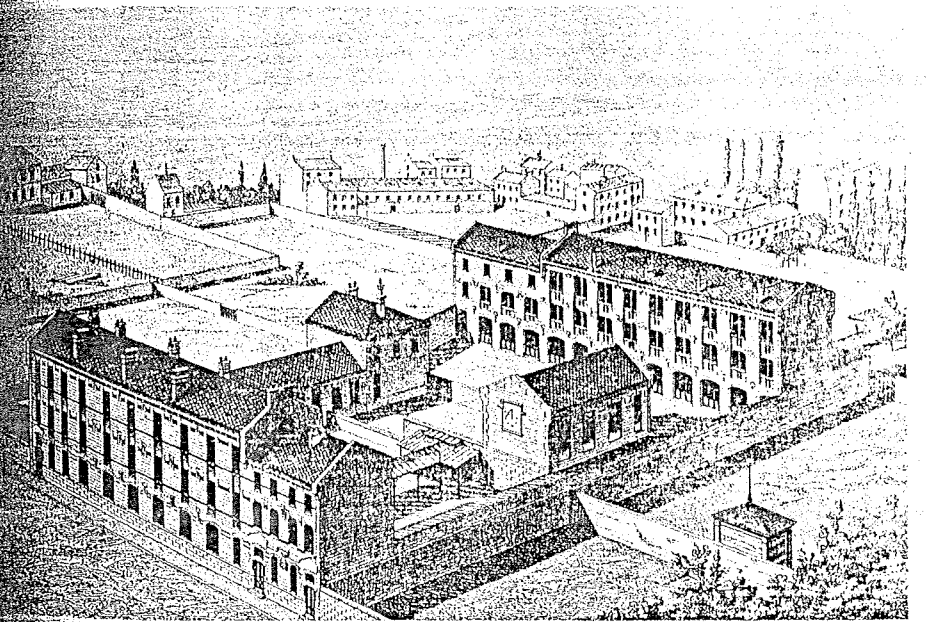
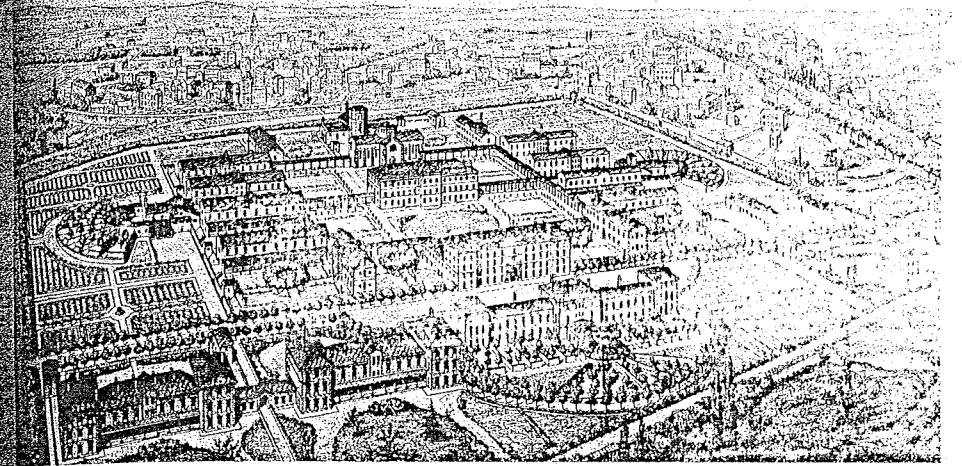


80, 81 - París, el boulevard du Temple y el parque Monceau (de A. Joanne, *Paris illustré*).





82, 83 - París, el asilo para ancianos de Sainte - Perine (Ponthieu, 1861) y la cárcel de la rue de la Santé (Vaudremer, 1864; de F. Narjoux, *Paris, monuments élevés par la ville, 1850-1880, 1881*).



84, 85 - París, manicomio de S. Anna (Questel, 1861) y escuela Voltaire en la rue Titon (Narjoux, 1881; de Narjoux, *op. cit.*).

contribuciones ni aumentar las ya existentes.<sup>4</sup>

En el mismo período, el número de habitantes de París pasa de un millón doscientos mil a cerca de dos millones; mientras que se derriban alrededor de 27.500 casas, se edifican, aproximadamente, 100.000 nuevas (y el 4,46 % de los gastos vuelve a la Municipalidad en forma de contribuciones); la renta *per capita* del ciudadano francés pasa de 2.500 a 5.000 francos, aproximadamente, y la renta de la Municipalidad de París, según Persigny, pasa de 20 millones a 200 millones de francos. Se puede afirmar, por lo tanto, que la propia ciudad paga su reorganización.

Si en el balance global de operación puede considerarse satisfactorio, no podemos decir lo mismo de la distribución de estas riquezas. El mecanismo establecido para las expropiaciones permite a los propietarios adueñarse de toda la plusvalía y produce, en realidad, una transferencia del dinero de los contribuyentes a los propietarios de los te-

<sup>4</sup> El balance completo de las obras de Haussmann se encuentra en las páginas 337-340 del volumen II de las *Mémoires*. Damos aquí el resumen:

SAÍDAS:	
Grandes trabajos varios . . .	1.430.340.385,5
Arquitectura y bellas artes . . .	282.791.696,5
Instalaciones en calles y parques . . .	178.370.624,8
Traída de aguas y alcantarillado . . .	153.601.970,2
Varios . . . . .	70.476.924,8

TOTAL . . . . . 2.115.581.601,8

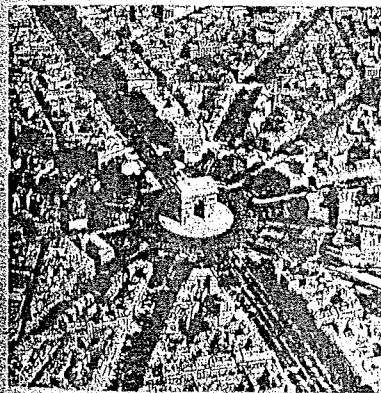
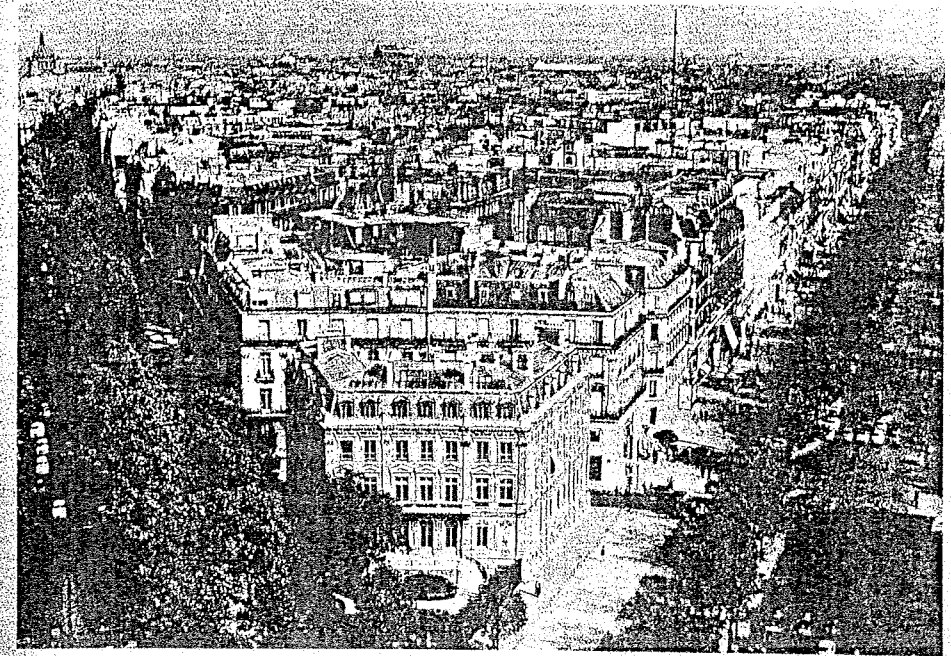
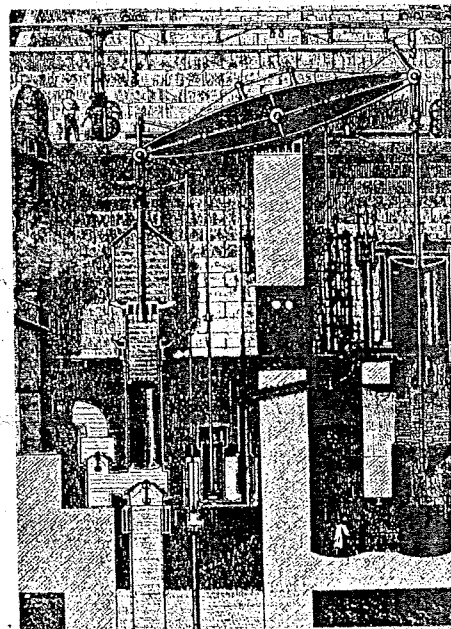
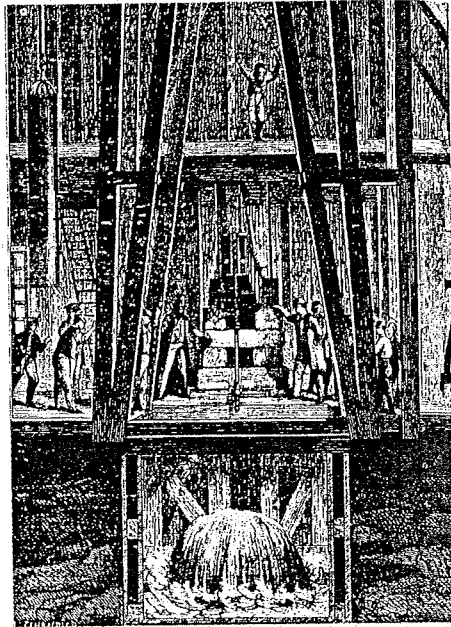
Otros gastos (conexiones amortiguadas a las municipalidades anexionadas en 1859, gastos relativos a la deuda municipal y a los préstamos pedidos por Haussmann, etc.) . . . . .	437.886.822,3
---	---------------

TOTAL . . . . . 2.553.468.424,1

ENTRADAS:

Incorporados en el balance ciudadano (entradas netas de los gastos ordinarios) . . . . .	1.017.243.444,5
Subvenciones estatales . . . . .	95.130.760,7
Venta de terrenos expropiados y de materiales de derribo . . . . .	269.697.683,5
Préstamos obtenidos de formas diversas . . . . .	1.171.596.535,4

TOTAL . . . . . 2.553.668.424,1



86, 87 - París, las obras de los pozos de Passy y las máquinas de vapor en la central de Chaillot (de A. Joanne, *Paris illustré*).

88, 89, 90 - París, el barrio de l'Etoile.

renos. Además, el importe de las indemnizaciones de la expropiación lo fija una comisión de propietarios, y resulta a menudo tan desproporcionado, que la expropiación se desea y solicita como fuente de enriquecimiento.

### 3. El debate sobre la obra de Haussmann

Se ha discutido si Haussmann es el verdadero creador de la transformación de París y si su acción seguía un plan unitario. Si se considera la obra de Haussmann desde el punto preciso, podemos resolver positivamente ambas cuestiones.

Haussmann cuenta que, apenas nombrado prefecto del Setta, el emperador le mostró, después de una cena, un plano de París, «en el cual se veían trazadas por él mismo, en azul, rojo, amarillo y verde, según su grado de urgencia, las nuevas calles que se proponía trazar»<sup>5</sup> y no pierde ocasión para declarar que el propio emperador es el autor de las propuestas, siendo él un simple colaborador. A menudo se han tomado estas afirmaciones al pie de la letra y se ha afirmado que el verdadero autor del plan es Napoleón III, pero probablemente Haussmann exagera a propósito, para cubrir con el nombre del emperador sus propias iniciativas; él mismo revela el carácter de su colaboración, cuando escribe, con ocasión del enfrentamiento decisivo con el Consejo de Estado sobre la interpretación de las leyes de expropiación:

En vano ha señalado decididamente al emperador las consecuencias de esta disposición. El emperador no quiso quitar la razón a Mr. Baroche [presidente del Consejo de Estado]... Por lo demás, Su Majestad no atribuía más que un mediocre interés a los problemas del procedimiento administrativo, hasta que no se traducían en hechos visibles.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> G. E. HAUSSMANN, *op. cit.*, vol. II, pág. 53.

<sup>6</sup> G. E. HAUSSMANN, *op. cit.*, vol. II, páginas 311-312.

Pero en las obras de París los hechos visibles cuentan muchos menos que los no visibles; la actividad administrativa es el aspecto más importante de esta experiencia, y Haussmann la desempeña él solo, apoyándose ya en el emperador, ya en los órganos representativos.

Por lo que respecta la unidad de dirección también es necesario distinguir entre la apariencia y la realidad. Como es sabido, Haussmann presenta su programa en tres fases sucesivas: los famosos *trois réseaux*. Se ha observado que las obras del primer *réseau* fueron programadas, en gran parte, antes de la llegada de Haussmann y el segundo y tercer *réseau* son series de disposiciones sueltas; con todo, se podría decir que esta forma de presentación viene a ser en realidad una estrategia de contabilidad para conseguir más fácilmente la financiación necesaria y que Haussmann disponía, desde un primer momento, de un programa completo, al que se atiene obstinadamente, superando todos los obstáculos. Este programa no se concreta en un dibujo, y ahí radica, precisamente, la modernidad y la importancia de la experiencia haussmanniana. No se propone hacer entrar la ciudad, por gusto o por fuerza, en los límites de un plano previamente trazado. Ya otros habían intentado, antes que él, dibujar el proyecto del París ideal, renunciando previamente a intervenir sobre la cambiante realidad concreta. Haussmann hace mucho más; en 1859, tras anexionar las once municipalidades periféricas, abre la Oficina del Plan de París, y nombra jefe de esta sección, a M. Deschamps; en esta oficina se planea, año tras año, la transición entre las experiencias realizadas y los proyectos futuros, teniendo en cuenta los cambios de las circunstancias. El organismo sobrevive a Haussmann y al Segundo Imperio, y asegura la continuidad de la dirección urbanística parisense durante toda la segunda mitad del siglo XIX.

El principal interés que ofrece hoy el plan de Haussmann está en su cualidad de primer modelo de una acción suficientemente

amplia y enérgica como para mantenerse al paso de las transformaciones sufridas por una gran ciudad moderna y para controlarlas con decisión, en vez de padecerlas pasivamente. Pero en sus tiempos, esta manera de proceder fue considerada casi como un abuso y Haussmann fue objeto de críticas violentas por parte de políticos e intelectuales.

Los liberales le reprochan, sobre todo, la desenvoltura de sus métodos financieros; de hecho, el funcionamiento de la Caisse des Travaux de Paris, fundada en 1858 para pagar los gastos del segundo *réseau*, está en el límite de lo legal, según las leyes de la época, puesto que permite al prefecto contraer compromisos sin el control de las autoridades centrales. Sin embargo, surgen las mismas protestas cuando Haussmann sostiene la necesidad de apropiarse de la plusvalía de los terrenos edificables, situados a lo largo de las nuevas calles. Haussmann, jurídicamente, puede equivocarse, pero intuye una exigencia primordial de la urbanística moderna, y se sitúa en una posición más avanzada que sus censores.

Los intelectuales y los artistas le critican la destrucción de los ambientes del viejo París y la vulgaridad de las nuevas construcciones, pero no van más allá de los habituales lamentos estetizantes, basados en el disgusto y la condena de toda la civilización industrial; pero Haussmann tiene el juego ganado contraponiendo a la pérdida de algunas vistas pintorescas las mejoras técnicas e higiénicas.

Haussmann se nos muestra menos culto, pero más libre de prejuicios y moderno que la mayoría de sus críticos. Posee una capacidad instintiva de comprensión y adaptación a la realidad de su tiempo, por esto es capaz de modificarla con tanto éxito: la sociedad del Segundo Imperio encuentra en sus disposiciones un marco perfecto, sin márgenes, y el eco de tal acuerdo entre programas y realidad, logrado ahora hace un siglo, perdura todavía en nuestros días, en

el encanto y la vitalidad que emanan las calles céntricas de París.

La capacidad de Haussmann para adaptarse sin reservas a la realidad de su tiempo es también la clave para comprender tanto el enorme éxito de sus métodos y las numerosas imitaciones, como las discusiones, todavía vigentes, acerca de su figura y obra.

El plan de Haussmann funcionó perfectamente durante muchos decenios, por el amplio margen contenido en sus espacios, pero luego ha resultado inadecuado a las crecientes necesidades de la metrópoli; se vio entonces que aquel imponente dispositivo no tenía flexibilidad alguna y que oponía una resistencia extraordinaria a cualquier modificación. Ha hecho de París la ciudad más moderna del siglo XIX, pero la más congestionada y difícil de planificar del siglo XX.

La comprensión de Haussmann hacia la ciudad industrial abarca, en el fondo, sólo sus aspectos estáticos y no los dinámicos: piensa que París puede ser «reordenado» de una vez para todas, y que su reordenación debe ser sellada por los habituales criterios de regularidad geométrica, simetría y decoro. Se siente satisfecho, sobre todo, por haber eliminado el aspecto precario de los viejos barrios parisenses, fijando a cada ambiente contornos regulares y precisos, que aparecen como definitivos y ya no variables.

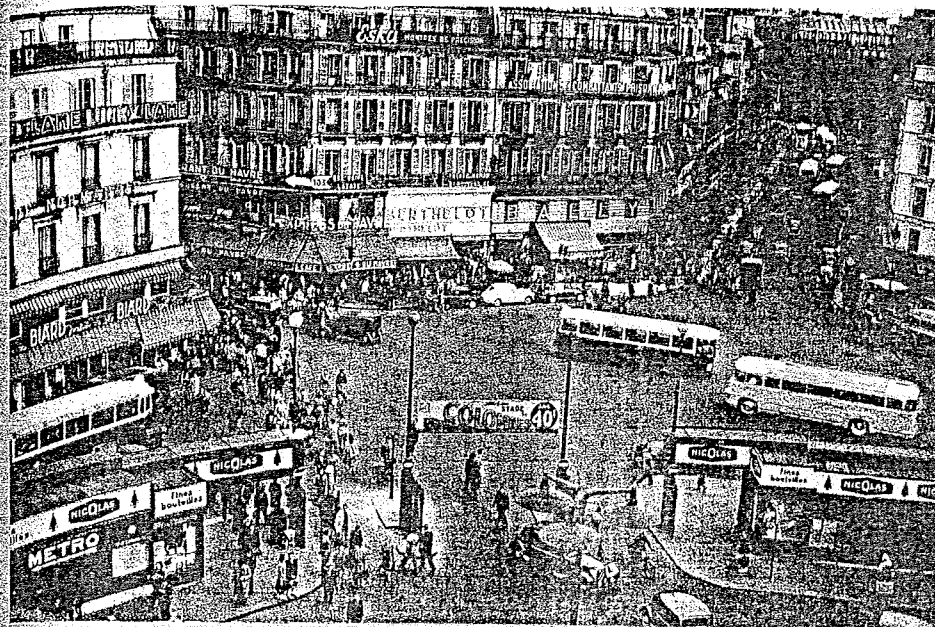
Es éste el aspecto de su obra que nos parece, en cambio, más débil, puesto que demuestra una aceptación pasiva de las convenciones de la cultura académica; nos interesa mucho más ver cómo Haussmann, aplicando estas convenciones en nuevas circunstancias, se aleja, de hecho, de los modelos tradicionales y anuncia, aunque involuntariamente, una nueva metodología.

Haussmann, aunque de tendencia autoritaria, no puede comportarse como los urbanistas barrocos, que ponen en práctica un plan preestablecido con total regularidad aprovechando el poder absoluto de sus clientes; actúa bajo control del Parlamento y del Consejo Municipal, maneja dinero público,





91 - París, la ayenue des Champs Elysées desde el Arc de Triomphe.

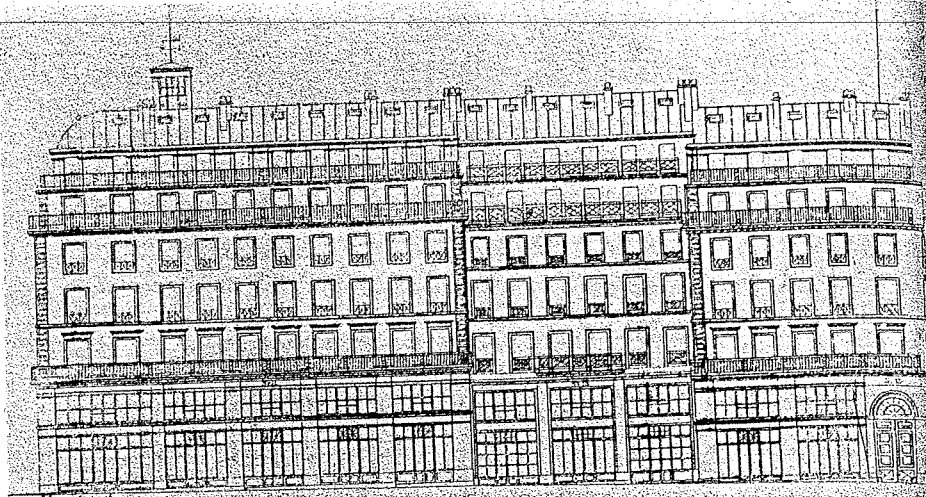


92 - París, la plaza Saint - Lazare.

del que tiene que dar cuenta a los cuerpos administrativos centrales, y se ve obligado a someter sus controversias con los particulares a una magistratura independiente; debe, en resumidas cuentas, contar con la separación de poderes propia de un Estado moderno, aunque con predominio del ejecutivo. Además, el poder político ya no coincide con el poder económico, y Haussmann, en sustancia, no maneja dinero propio, sino que coordina el empleo del dinero privado según un plan unitario. Por todas estas razones el plan de Haussmann no adopta la forma de una intervención *una tantum*, sino de una acción continua de estímulo y coordinación de las múltiples fuerzas que actúan de modo siempre variable sobre la formación urbana; cesa así la similitud entre urbanística y arquitectura, que no actúan ya al mismo nivel, difiriendo no sólo en la escala, sino en dos niveles diferentes, recíprocamente dependientes.

Se puede hacer un razonamiento similar para los resultados formales del plan de Haussmann; acepta de manera espontánea los preceptos tradicionales de simetría y regularidad, se enorgullece de haber previsto un punto de fuga monumental para cada nueva arteria y se preocupa de imponer una arquitectura uniforme en las calles y en las plazas más representativas, esforzándose en disimular las irregularidades planimétricas, como en la Etoile.

Sin embargo, la amplitud de trazado de las calles de París obliga a aplicar los preceptos tradicionales de simetría y regularidad a una escala tan grande que anula a menudo el efecto unitario que se deseaba obtener. El boulevard de Strasbourg, que mira hacia la Gare de l'Est, tiene dos kilómetros y medio de longitud, y el fondo arquitectónico es prácticamente invisible desde el tramo más lejano; en la Etoile las doce fachadas simétricas de Hittorf distan entre



93 - Fachada tipo de una calle de París (J. F. J. Lecoq, 1835; de Normand fils, *Paris moderne*).

sí doscientos cincuenta metros, y no bastan para cerrar la perspectiva del inmenso espacio; en la prolongación de la rue de Rivoli las decoraciones de Percier y Fontaine se repiten tanto que la vista no distingue ya la proporción entre la longitud de la calle y las otras dimensiones.

En estos casos, la presencia de las arquitecturas se convierte, por así decir, en algo negativo, puesto que las paredes de los edificios deben ofrecer un acabado que no choque con las costumbres habituales y, a ser posible, uniforme, para no perturbar la vista con anomalías injustificadas; pero la conformación estilística de las fachadas ya no tiene otra finalidad que la de ser un ligero recubrimiento que confiera un aspecto plausible a un nuevo ambiente donde calles y plazas pierden su individualidad y confluyen unas en otras, porque los espacios quedan mucho más cualificados por las masas y los vehículos que circulan, que por los edificios circundantes, es decir, de una manera constantemente variable (fig. 92). Este es el cuadro que captaron los pintores impresionistas, como Monet y Pissarro, en sus *boulevards* parisienses, a vista de pájaro, llenos

de gente. Se trata todavía de un ambiente poco diferenciado, donde cada forma puede captarse sólo con la pérdida de su individualidad y mezclándose en una trama compacta de apariencias variables y precarias; es precisamente la condición previa de donde nacerá el concepto moderno del ambiente urbano abierto y continuo, en oposición al antiguo, cerrado.

Este aspecto de la obra de Haussmann —probablemente inadvertido por el propio prefecto, que se cree el continuador de la tradición perenne— se hace evidente sólo más tarde; las grandes arterias sólo adquieren su propio carácter cuando se forma la decoración callejera que actúa de mediadora entre las dimensiones abstractas de los edificios y la escala humana, y cuando la sensibilidad común ha aprendido a captar de manera dinámica los elementos del nuevo escenario urbano.

El editor de las *Memorias* de Haussmann escribe en 1890: «Para todos, el París de nuestros días es su París, quizá más que en los tiempos del Imperio»,<sup>7</sup> y, de hecho, el rostro de la ciudad transformada por

<sup>7</sup> G. E. HAUSSMANN, *op. cit.*, vol. I, pág. 10.

Haussmann debía aparecer con más claridad a un visitante de la Exposición de 1889 que a uno de la Exposición de 1867, obligado a pasear en una ciudad toda revuelta, con las calles llenas de obras, de las que se levantaban edificios y ambientes desconocidos.

#### 4. La influencia de Haussmann

Las realizaciones de Haussmann en París constituyen el prototipo de lo que hemos llamado urbanística neoconservadora; ésta se convierte en la práctica común de todas las ciudades europeas, sobre todo a partir de 1870, pero ya en la época del Segundo Imperio, es posible aotrar, en Francia y en otros países, una serie de iniciativas con la misma orientación.

En Francia, muchas ciudades importantes se modifican radicalmente durante el reinado de Napoleón III. En Lyon, el prefecto Vaisse, en el cargo desde 1853 a 1864, efectúa una serie de reordenaciones que reproducen en pequeño las de París; las dos aperturas paralelas de la rue Impériale y de la rue de l'Impératrice, los *quais* a lo largo del Ródano y de la Saône, el parque de la Tête d'or; Marsella, que aumenta mucho su importancia tras los trabajos del canal de Suez, dobla casi su población, y se transforma totalmente con la apertura de la rue Impériale (desde 1862 a 1864), desde el puerto viejo al muelle de la Joliette; en 1865 en Montpellier y, en 1868, en Toulouse, se empiezan a construir calles rectilíneas análogas, cortando los barrios antiguos y derribando muchos edificios apreciados; en las ciudades de más densa memoria histórica, como Rouen y Aviñón, se actúa de la misma manera; con una ligereza que nos parece inconcebible, deformando irreparablemente sus ambientes tradicionales.

En Bruselas, el burgomaestre Anspach transforma completamente la parte baja de la ciudad, eliminando el río Senne, canalizado en el subsuelo, y abriendo sobre su lecho una gran avenida rectilínea (desde

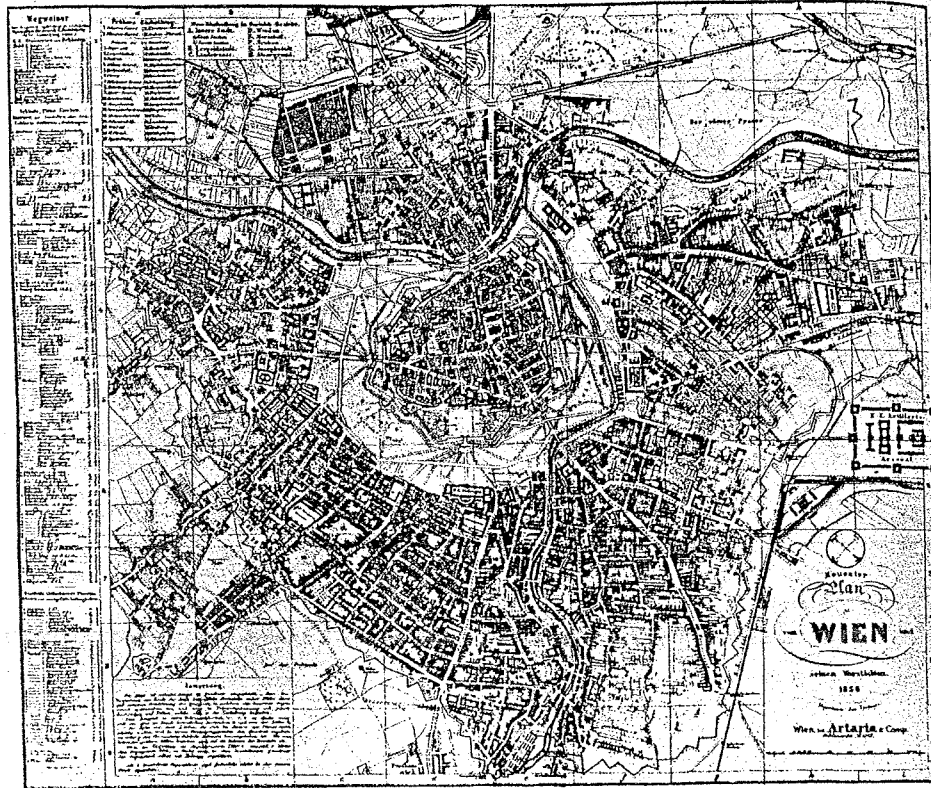
1867 a 1871) que une las dos estaciones de ferrocarril del Norte y del Sur; en 1864 obtiene la cesión a la ciudad del Bois de la Cambre, que se convierte en el parque suburbano de la capital belga, y construye la avenue Louise para unirlo con la ciudad.

En Ciudad de Méjico, el emperador Maximiliano abre, en 1860, el paseo de la Reforma, a imitación de los Champs Elysées, para unir así la ciudad azteca con el palacio de Chapultepec.

En Italia, pocas son las ciudades importantes donde no se haya abierto una calle en línea recta desde el centro hasta la estación de ferrocarril: vía Nazionale en Roma, vía Indipendenza en Bolonia; el rettilíneo de Nápoles; vía Roma en Turín. Pero la experiencia más importante es la reordenación de Florencia, capital tras 1864, donde se intenta seriamente adaptar los métodos de Haussmann a la realidad del nuevo Estado unitario y a las exigencias muy particulares de la ilustre ciudad.

Giuseppe Poggi (1811-1901) que proyecta el «piano d'ampliamento», se preocupa sobre todo de ampliar la ciudad para poder acoger a los nuevos habitantes que llegarán con el gobierno; no se preocupa tanto de crear una ciudad nueva, como una Florencia territorialmente más extensa, y no capta la necesidad de transformar conjuntamente, como Haussmann, centro y periferia; así empieza por derribar las murallas, construye un anillo de nuevos barrios a lo largo de todo el perímetro, exceptuando las colinas a la izquierda del Arno, y deja las obras de la transformación del centro para una etapa posterior.

Las obras se realizan entre 1864 y 1877, con grandes dificultades económicas, sobre todo después del traslado de la capital a Roma; la remodelación del centro, con la demolición alrededor del mercado viejo (figura 98), se efectúa entre 1885 y 1890, cuando se ha agotado ya el impulso de las grandes obras periféricas, y se debe mucho más a razones de dignidad que a objetivas necesidades técnicas y económicas.



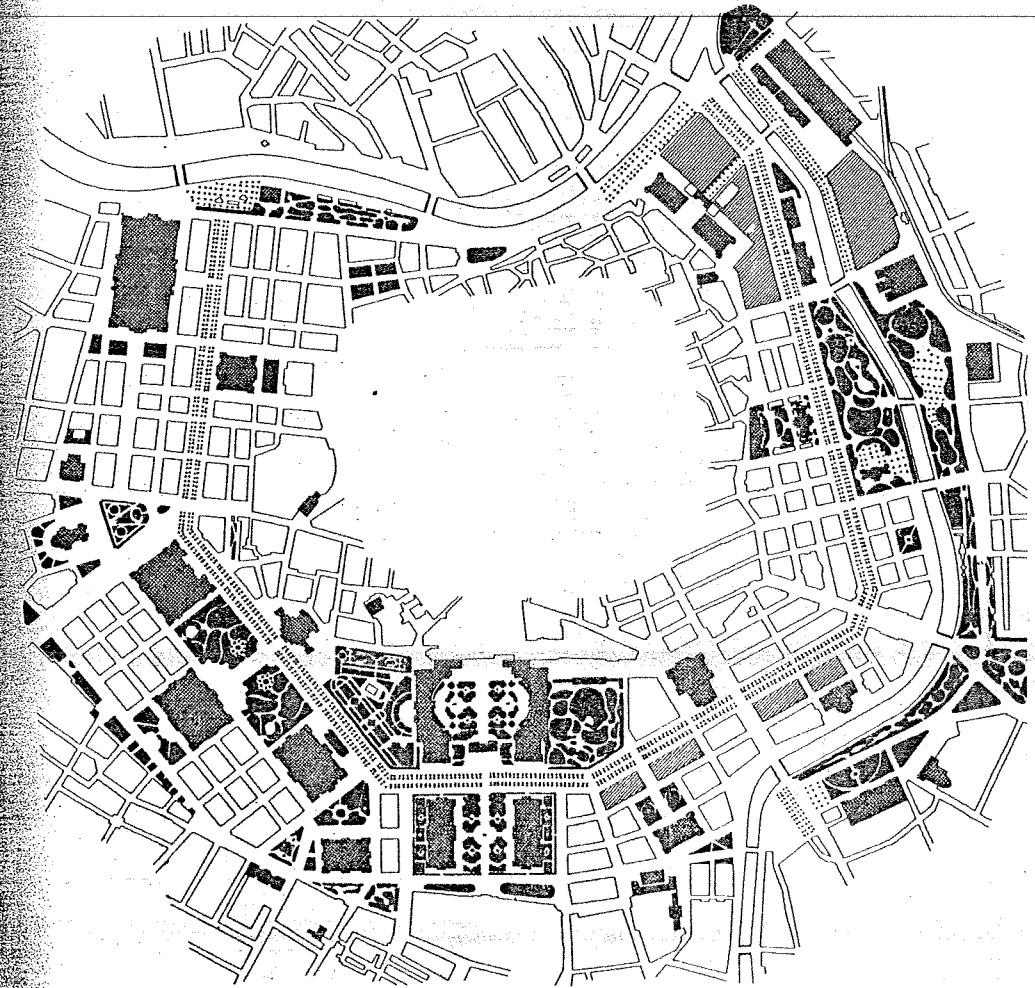
94 - Plano de Viena en 1856 (de W. Braunmüller, *Guide de Vienne*). La ciudad antigua permanece aún intacta, mientras que en su derredor se han desarrollado los nuevos barrios; en torno a los muros corre una faja de terreno del patrimonio nacional, ordenada como zona verde —el Glacis— sobre la cual se llevará a cabo la ordenación del Ring.

De esta manera, el casco antiguo se salva en gran parte de la destrucción, a diferencia del de París, pero los elementos nuevos no se insertan tan felizmente en los viejos como allí, y la ciudad, dividida en sectores distintos y extraños entre sí, pierde su carácter unitario.

Muchos otros planes de esta época se basan en idéntico concepto del «ensanche», como el grandioso plan de Cerdá para Barcelona, de 1859 (fig. 97) y el de Lindhagen para Estocolmo, de 1866.\*

\* Al final del presente apartado se incluye un artículo sobre el Plan Cerdá, redactado por C. Flores.

Por regla general, las remodelaciones urbanas hechas a imitación de la napoleónica de París son muy inferiores al modelo. El plan de Haussmann es importante, principalmente, por la coherencia y la integridad con que se realiza; pero ningún otro planificador —exceptuado, quizás, Anspach— posee la energía del prefecto del Sena, y en ningún otro lugar se reproduce el encuentro de circunstancias favorables que permiten a Haussmann actuar simultáneamente en varios sectores, conservando la unidad de dirección por un período de tiempo bastante largo. Así pues, casi todos los planos se dejan a la mi-



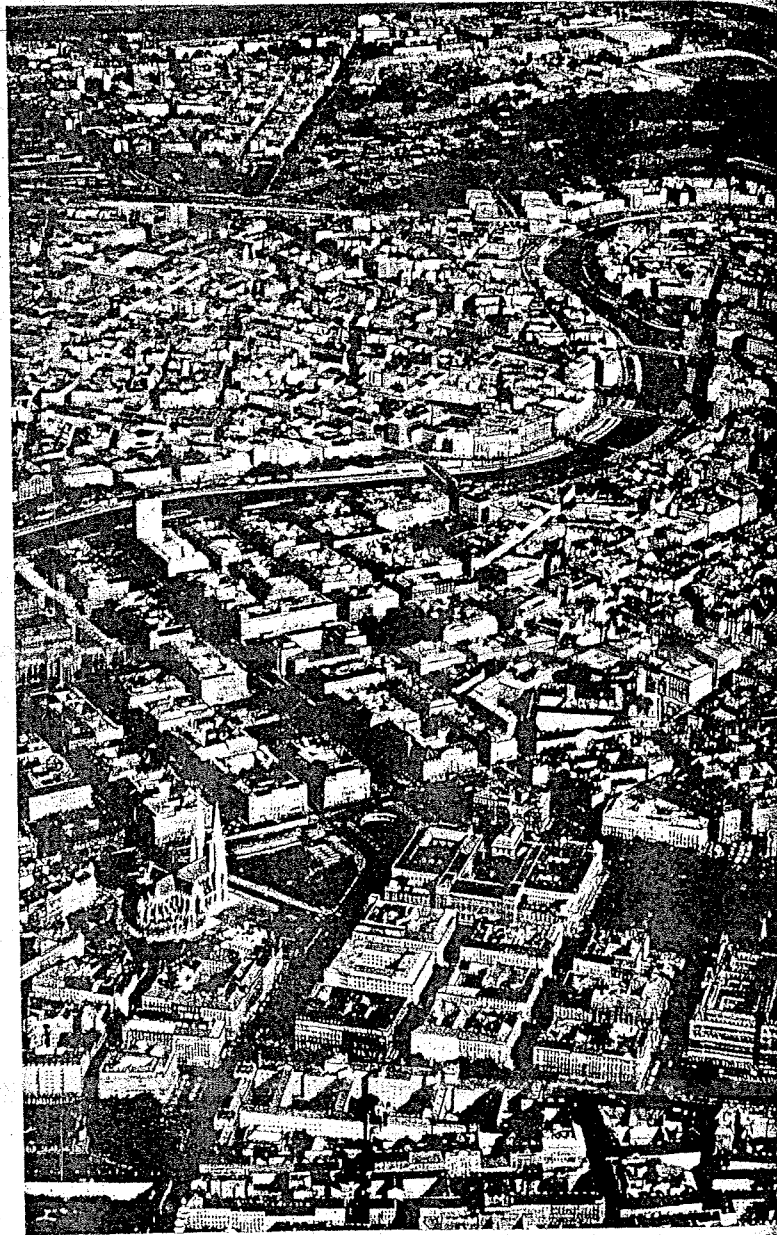
95 - El Ring de Viena (1859-1872); en blanco los edificios privados, en rayado los edificios públicos y en negro las zonas verdes.

dad, malogrando irremediabilmente las ciudades antiguas sin obtener a cambio ciudades modernas que funcionen.

Sobre todo, ninguna administración logra contener, de manera válida, los efectos disgregados de la especulación inmobiliaria; Haussmann trabaja bajo una especulación muy fuerte que se adueña, en gran parte, de los beneficios de sus trabajos, y después

de 1858 no hace absolutamente nada por ir en contra del sistema, pero la autoridad de Haussmann sigue siendo lo bastante fuerte como para impedir que las soluciones proyectadas sean deformadas por los intereses particulares; de esta manera puede actuar siempre con ímpetu suficiente y visión unitaria de los problemas. En las otras ciudades, donde falta una resistencia proporcionada, la





96 - Vista aérea del centro de Viena con el Ring.



especulación toma claramente la ventaja, y confiere a las iniciativas un carácter inconsistente y discontinuo, derivado de la arbitraria sucesión de intereses particulares.

Las cosas se presentan de forma diferente cuando las administraciones poseen el suficiente patrimonio de terrenos situados en los puntos más adecuados para la transformación de la ciudad. Es lo que sucede en Viena, donde la antigua ciudad aparece todavía circundada por un amplio anillo de murallas, más allá de las cuales se han levantado nuevos barrios (fig. 94). En 1857, el emperador anuncia su decisión de derribar las murallas y convoca un concurso para la remodelación del área, imponiendo a los proyectistas instrucciones precisas: los cuarteles al sur de la ciudad deberán ser respetados, se construirá otro grupo de cuarteles en la parte norte, de manera que las tropas puedan desplazarse rápidamente a lo largo de la ancha vía circular, que seguirá, en un tramo, la orilla del Donaukanal; el espacio frente al palacio imperial quedará libre, y en sus alrededores se dispondrá una amplia plaza de armas; a lo largo de la avenida circular se levantarán varios edificios públicos: un teatro de ópera, una biblioteca, un archivo, un nuevo palacio municipal, museos, galerías, mercados.

Se falla el concurso en 1858 y lo gana Ludwig Förster (1797-1863); el Ministerio del Interior se hace cargo, a continuación, de la preparación del plan definitivo, redactado probablemente por M. Löhr y aprobado en 1859; pero las discusiones acerca del emplazamiento de los diferentes edificios públicos se alargan hasta 1872. En la ejecución, las exigencias estratégicas quedan notablemente reducidas: desaparece la plaza de armas y aumenta el número y la importancia de los edificios públicos necesarios a la ciudad en su continuo crecimiento (fig. 95).

El Ring vienés permite incluir la ciudad antigua en el sistema viario de la ciudad moderna, sin cortar ni destruir el casco antiguo, como sucedió en París, y levantar los principales edificios públicos de la ciudad decimo-

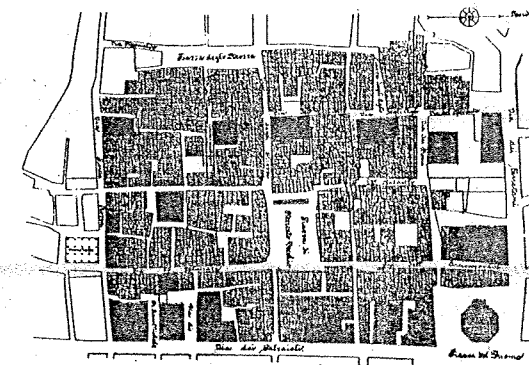
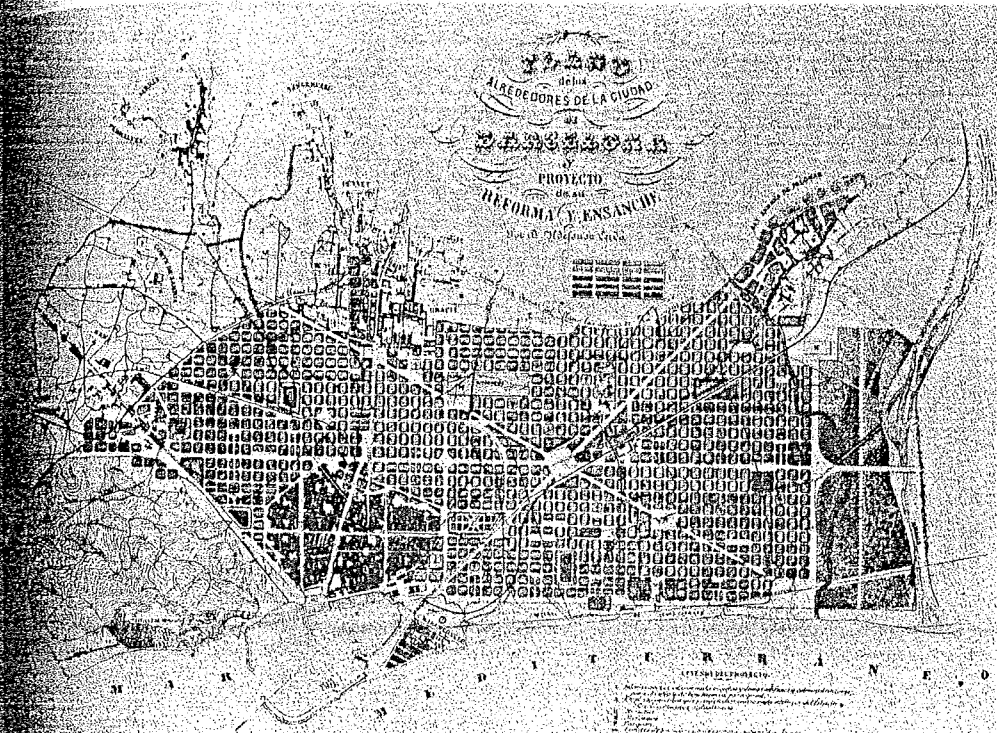
nónica en un espacio ancho y aireado, entre avenidas y jardines, pero la operación está posibilitada, sobre todo, por la relativa pequeñez del núcleo antiguo. Lo mismo ocurre en otras muchas ciudades nórdicas, donde el centro tradicional se mantiene casi intacto dentro de un anillo verde que sustituye a las antiguas fortificaciones, como es el caso de Colonia, Leipzig, Lübeck y Copenhague.

La intervención del Estado, por lo que respecta al problema de las viviendas populares, sólo será sistemática y organizada durante los últimos decenios del siglo. Desde mediados del siglo observamos, en cambio, cómo la iniciativa patronal, ayudada y, a veces incluso subvencionada por el Estado, construye colonias obreras.

En Francia, la iniciativa más importante se debe a la Société mulhousienne des Cités Ouvrières, fundada en 1853; la financiación es parcialmente privada (para las casas y los servicios) y parcialmente estatal (para las calles y los espacios verdes). La sociedad construye casas con jardín, de uno o dos pisos, concedidos en alquiler o en compra y realiza más de mil en quince años.

En Inglaterra, Disraeli justifica, en sus escritos juveniles,<sup>8</sup> la necesidad de tales realizaciones. Sus ideas influyen tanto en los empresarios particulares como en la política del gobierno; en 1845 se funda la Society for Improving the Dwellings of the Labouring Class; en 1851, Lord Shaftesbury hace votar las primeras leyes sobre construcción subvencionada, el *Labouring Classes Lodging Houses Act* y el *Common Lodging Houses Act*; en 1853 Titus Salt empieza a construir, para los obreros de sus industrias textiles, la ciudad de Saltaire, proyectada según un plan unitario por los arquitectos Lockwood y Mason; en 1864 empieza a actuar Octavia Hill (1838-1912, sobrina del doctor Southwood Smith, colaborador de Chadwick en la encuesta sanitaria de 1842) que, con la ayuda de Ruskin, adquiere y restaura algunas casas en Marylebone, dividiéndolas en viviendas mínimas que arrien-

<sup>8</sup> *Coningsby*, 1844, y *Sybil*, 1845.



97, 98 - Las dos operaciones típicas de la urbanística ochocentista: la ampliación (el plan Cerdà para Barcelona, 1859) y las aberturas (la ordenación del mercado viejo de Florencia, 1885; de J. Stübben, *Der Städtebau*, 1824<sup>1</sup>); en rayado los edificios normales destruidos, en negro los edificios monumentales conservados).

da a un precio suficiente para cubrir los gastos. También en América, el millonario G. Peabody funda en 1862 el Peabody Trust, para la construcción de viviendas populares sin finalidades lucrativas.

En Alemania, los Kruup realizan, entre 1863 y 1875, un primer grupo de colonias obreras en los alrededores de Essen: Westend, Nordhof, Baumhof, Krönenberg.

A través de errores y éxitos se va formando así, en la segunda mitad del siglo XIX, una experiencia técnica y jurídica sobre planificación urbana y sobre la construcción de barrios obreros; los métodos de proyectar son, a menudo, inadecuados y artificiosos y repiten las fórmulas geométricas de las tradiciones barrocas; pero ahora son puestos a prueba en contacto con los problemas concretos de la ciudad industrial y asumen, por la diversidad de los contenidos, un carácter nuevo.

En las ciudades europeas, estos sistemas son adoptados para transformar los precedentes organismos barrocos o medievales y, cuanto más se ajustan al carácter tradicional de cada lugar, mejores resultados consiguen. En los territorios coloniales, en cambio, donde el asentamiento masivo de los residentes europeos está en sus inicios, los mismos sistemas se aplican de manera uniforme y mecánica, sin cuidarse de la relación con los organismos urbanos o las tradiciones locales, descubriendo así aún más claramente las contradicciones culturales implícitas.

En los dos decenios del Segundo Imperio, la práctica urbanística haussmanniana se extiende largamente a las colonias. En 1854 empieza el ensanche de Fort-de-France en la Nueva Caledonia, y en 1865 el de Saigón, en Indochina; también en 1865 se funda, en la desembocadura del canal de Suez en construcción, la nueva ciudad de Port Said; en Argelia se intensifica la realización de las nuevas ciudades fundadas en los primeros decenios de la conquista —Orléansville, Philippeville— y de los barrios europeos situados junto a las ciudades indígenas. Los bóers empiezan en 1855 la cons-

trucción de su nueva capital, Pretoria, y los ingleses ensanchan las ciudades australianas fundadas poco antes (Melbourne en 1836, Adelaide en 1837, Brisbane en 1840, después de la abolición de la colonia penitenciaria).

La historia de la urbanística colonial está todavía por escribir, aunque represente uno de los aspectos más importantes de la expansión mundial europea durante el siglo XIX. Es probable que un estudio analítico de estas intervenciones sirva también para definir mejor el carácter de los prototipos europeos de los que derivan.

##### 5. Eclecticismo y racionalismo en la época de Haussmann

Los arquitectos tienen poca importancia en las decisiones del plan de París, y se limitan a dar forma plausible a los edificios que el prefecto les encarga, sin salirse del ámbito de las consabidas discusiones estilísticas. Pero las nuevas tareas y las múltiples experiencias, posibles gracias a las obras de Haussmann, reclaman, desde el punto de vista cultural, la clasificación de las disputas abstractas y aceleran la crisis de la cultura académica.

La polémica entre neoclasicismo y neogótico —que, como hemos señalado, alcanza su punto culminante en 1848— no puede concluir con la victoria de uno u otro programa. A partir de aquel momento la mayoría de los arquitectos tienen presente como posibles alternativas, tanto el estilo clásico como el gótico, pero no sólo estos dos, sino también, naturalmente, el románico, el bizantino, el egipcio, el árabe, el renacimiento, etcétera.

De esta forma se hace explícita y se extiende esa actitud que ha sido llamada eclecticismo, contenida ya virtualmente en la dirección retrospectiva de neoclásicos y románticos.

El eclecticismo resulta favorecido por el mejor conocimiento de los edificios de cada país y cada período; Delannoÿ publica en

1835 un estudio sobre los monumentos de Argel,<sup>9</sup> Coste en 1839 da a conocer los monumentos de El Cairo<sup>10</sup> y, desde 1843 a 1854, los persas;<sup>11</sup> en Inglaterra, O. Jones publica en 1842 los planos de la Alhambra de Granada.<sup>12</sup> Empiezan a circular las primeras historias universales de la arquitectura, como la de Gailhabaud.<sup>13</sup>

Los filósofos teorizan esta visión de la historia del arte como una sucesión de estilos igualmente válidos; Hegel intenta interpretar dialécticamente la secuencia de los estilos como una sucesión de tesis, antítesis y síntesis, da por concluido el ciclo en nuestra época, y termina recomendando el eclecticismo a los contemporáneos.<sup>14</sup>

La práctica del eclecticismo, por otra parte, se acompaña de una mala conciencia, más extendida que nunca; los escritores de vanguardia lo atacan desde un principio, como, por ejemplo, T. Gauthier: «Me hubiera gustado ser ladrón; es una filosofía ecléctica»<sup>15</sup> y los arquitectos más reflexivos manifiestan su perplejidad ante las contradicciones que diariamente comprueban en el ejercicio de su profesión, como por ejemplo R. Kerr:

¿En qué estilo arquitectónico quiere su casa? El propio arquitecto hace generalmente esta pregunta a su cliente, al iniciarse sus relaciones, y si el cliente no es un experto en esta materia, puede que se asombre un tanto cuando descubre lo que representa tal invitación. Por instinto o, quizá, por capricho debe elegir entre media docena de «estilos» principales, todos más o menos antagonicos entre sí, todos con sus respectivos partidarios o detractores, y tanto más incomprensibles cuanto más a fondo se examinan —es decir, cuanto más a fondo se

consideran sus contradicciones—. El perplejo cliente empieza por explicar que quiere únicamente una casa sencilla y confortable, en ningún estilo, o, mejor, en un estilo confortable si es que existe. El arquitecto naturalmente está de acuerdo, pero replica que existen muchos estilos confortables, que todos son confortables... Debe usted elegir el estilo de su casa, como elige el modelo de su sombrero. Puede escoger entre el estilo clásico, con columnas o sin ellas, con arcos o adintelado, turca o civil, o incluso palatino; puede elegir el elisabetiano, con las mismas variedades, o también el renacimiento, o bien, para no nombrar los estilos menores, el medieval, el gótico, que está ahora muy de moda en cada una de sus formas, del siglo once, doce, trece, catorce; como usted prefiera, feudal, monástico, escolástico, eclesiástico, arqueológico, eclesiológico, y así indefinidamente.

Pero es que en realidad yo preferiría no hacerlo. Deseo una simple, substancial, cómoda casa para un caballero; y, perdón por repetir, no quiero ningún estilo. Quisiera, realmente, que no tuviese estilo alguno, creo que me costaría un montón de dinero y probablemente no me gustaría. Fijese en mí, soy un hombre de gustos muy sencillos, no soy clásico ni elisabetiano, me parece que no soy renacentista, y estoy seguro que no soy medieval, no pertenezco ni al siglo once, ni al doce, ni al trece, ni al catorce, no soy feudal, ni monástico, ni escolástico, ni eclesiástico, ni arqueológico, ni eclesiológico. Lo siento mucho, pero usted debería tomarme como soy y construir mi casa en mi estilo.

¿Por qué él (el Inglés normal y corriente) no puede tener una casa inglesa normal, construida para exigencias inglesas normales?<sup>16</sup>

Pero también se leen frecuentemente abiertas defensas del eclecticismo, que concuerdan ciertamente con la opinión de un vasto sector del público:

Lejos de merecer la crítica de estar siguiendo la moda, nunca el arte se ha expresado con más independencia que ahora, y ésta será la

<sup>9</sup> M. A. DELANNOÿ, *Etudes artistiques sur la régence d'Alger*, París, 1835-37.

<sup>10</sup> P. COSTE, *Architecture arabe, ou monuments du Caire*, París, 1839.

<sup>11</sup> P. COSTE, *Voyage en Perse*, París, 1843.

<sup>12</sup> O. JONES, *Plans, Elevations, Sections and Details of the Alhambra*, Londres, 1842-1845.

<sup>13</sup> J. GAILHABAUD, *Monuments anciens et modernes des différents peuples à toutes les époques*, París, 1839; trad. ing., Londres, 1844.

<sup>14</sup> *Vorlesungen über Aesthetik*, Leipzig, 1829.

<sup>15</sup> T. GAUTHIER, *Les jeunes-France*, París, 1832, XIII.

<sup>16</sup> R. KERR, *The Gentleman's House, or How to Plan English Residence from the Personage to the Palace*, Londres, 1864, cit. en "Architectural Review", vol. 110 (1951), pág. 205.



honra de nuestra época que acoge todos los estilos, todos los géneros, todas las maneras, porque, siendo la actual educación artística más completa y más difundida, se aprecia mucho más la belleza de cada obra y de cada estilo, mientras que, antes, todo lo que no estaba de acuerdo con el gusto del día, era despreciable y rechazado. En aquellos tiempos se tenía tan poco respeto por los estilos pasados de moda que un arquitecto encargado de restaurar la fachada de una iglesia gótica no dudaba en reconstruirla en otro estilo, griego o romano. Actualmente, en cambio, el arte ya no tiene modas; no sólo todos los edificios antiguos se restituyen a su estado primitivo con un conocimiento y erudición que es honra de nuestros artistas, sino que vemos a un mismo arquitecto construir aquí una iglesia neocentista, allá una iglesia románica, más allá un ayuntamiento en estilo Luis XIV y un templo gótico; otro arquitecto construye en el mismo barrio una casa Luis XV, un cuartel Luis XIII, un palacio de justicia en bellísimo estilo neogriego.<sup>17</sup>

Es interesante ver como casi todos los eclécticos empezando por Garnier, comienzan por protestar de la reproducción de estilos pasados, y afirman querer interpretarlos y elaborarlos libremente. En la práctica, su mala conciencia los empuja a no contentarse nunca con las imitaciones que se hacen corrientemente, buscando nuevas bases y nuevas combinaciones, hurgando en los momentos menos conocidos de la historia del arte.

J. I. Hittorf (1729-1868) y algunos alumnos de la Academia de Francia en Roma —Henri Labrousse (1801-1875), Victor Baltard (1805-1874)— descubren la policromía de los edificios antiguos y mandan a París las primeras reconstrucciones en color. Nace de ello una polémica, su tesis es apoyada por Ingres y por los alemanes Semper y Hermann, dando a conocer una nueva versión del repertorio decorativo antiguo; Hittorf, alumno de Bélanger, descubre que este nuevo lenguaje se amolda perfectamente a las construcciones de hierro y lo aplica en el

<sup>17</sup> L. AVRAY, cit. en: J. WILHELM, *La vie à Paris*, París, 1947.

teatro Ambigu (1827), en el Panorama y en el Cirque d'hiver de los Champs Elysées, adquiriendo la experiencia necesaria para realizar, más tarde, vasta construcciones de cobertura metálica, como el Grand Hôtel (1856) y la Gare du Nord (1863).

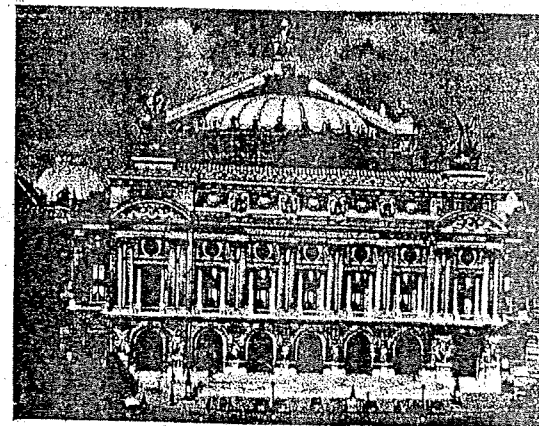
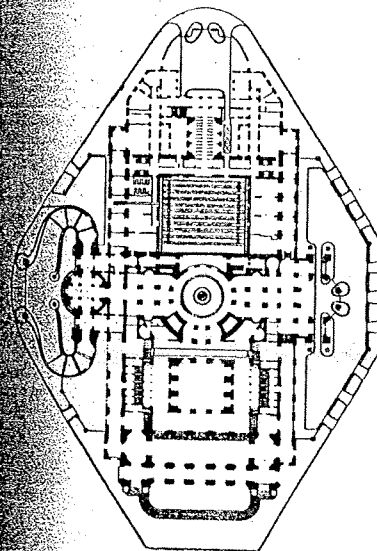
Hittorf y Baltard, ambos protestantes, son los principales colaboradores de Haussmann en las obras de París. Las relaciones entre Haussmann y los arquitectos son muy significativas; él lamenta que su época «no haya dado ninguno de esos artistas cuya genialidad renueva el arte, adaptándolo a las aspiraciones de los nuevos tiempos»,<sup>18</sup> reprocha a menudo a los artistas la escala mezquina de sus concepciones (como Hittorf en sus edificios de las doce esquinas de la Etoile), o bien su carencia de sentido práctico, y a veces cambia de proyectista a media obra. No tiene preferencia por estilo alguno y los considera todos como varios posibles acabados que pueden usarse según las conveniencias. El estilo clásico le parece el más adecuado para edificios representativos, pero cuando tiene que construir el ayuntamiento del primer *arrondissement* junto a Saint Germain l'Auxerrois, encarga a Hittorf un edificio gótico y hace construir a Théodore Ballu (1817-1874) una torre, también gótica, que se levantará entre ambos edificios, para salvar la simetría.

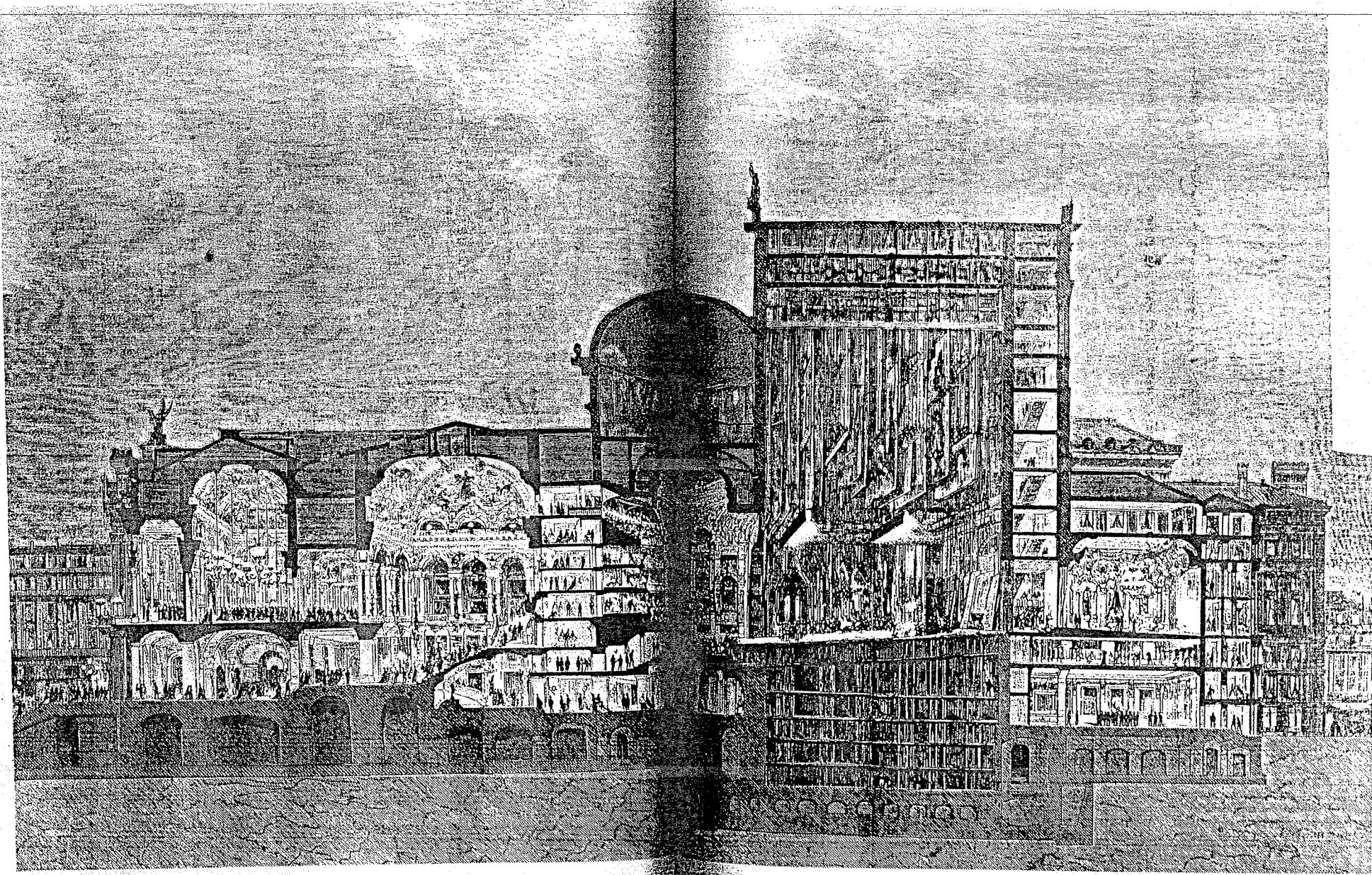
A veces el prefecto interviene directamente en el proyecto cuando tiene la impresión de que el arquitecto no sabe actuar como es debido. Para las Halles Centrales (figura 103) Baltard proyecta, en 1843, un pabellón en piedra, parcialmente construido, pero que se revela inservible; Haussmann ordena su demolición y obliga a Baltard a realizar otro proyecto, esta vez totalmente de hierro, abandonando cualquier preocupación estilística: «Necesito únicamente unos enormes paraguas y nada más.» El mismo cuenta que Napoleón III, cuando vio el proyecto, quedó maravillado y perplejo: «¿Es posible que el mismo arquitecto haya proyectado dos edificios tan diferentes?», y Haussmann con-

<sup>18</sup> G. E. HAUSSMANN, *op. cit.*, vol. I, pág. 32.



99, 100, 101 - París, la Ópera de C. Garnier (1861-1874).





102 - París, sección longitudinal de la Opera (de *L'esposizione di Parigi del 1878 illustrata*, Sonzogno).





103 - París, las Halles Centrales (V. Baltard, 1853; grabado de A. Joanne, *Paris illustré*).

testó: «El arquitecto es el mismo, pero el pre-fecto es distinto.»<sup>19</sup>

En este caso Haussmann llega a atribuirse incluso el mérito de la idea; Sédille, en 1874, opina lo contrario, probablemente con más razón. Baltard construye a continuación otros edificios de estructura metálica, como el matadero de Villette y la iglesia de Saint-Augustin, pero nunca más conseguirá la sencillez y la proporción de las Halles; incluso, en Saint-Augustin, cubre completamente la estructura con un revestimiento mural provisto de todas las decoraciones tradicionales.

Es difícil llegar a comprender tales discontinuidades en la producción de un arquitecto indudablemente culto y dotado; pasa fácilmente de una sincera búsqueda sobre nuevos materiales a ociosos experimentos sobre contaminación estilística o a triviales *pastiches* para seguir el gusto dominante. Su

<sup>19</sup> G. E. HAUSSMANN, *op. cit.*, vol. III, pág. 482.

figura nos da una imagen bastante aproximada de la desorientación de la cultura de la época, no rígidamente llegada a la tradición, abierta a nuevas experiencias, pero sin suficiente coherencia e incapaz de encontrar, entre los múltiples caminos abiertos una vía a seguir con firmeza.

Entre quienes se quejan de las contradicciones del eclecticismo, algunos se dan perfecta cuenta de que es necesario llevar el razonamiento más allá de las apariencias formales, y basar las opciones en razones objetivas, demostrables racionalmente. A éstos se les llama racionalistas, y se dedican a una importantísima acción de estímulo y de censura, con razonamientos que, a veces, parecen anticipar los de los maestros modernos de los años veinte a los que también se aplicará la misma calificación. Pero la analogía es solamente verbal, porque los racionalismos decimonónicos no saben, en el acto de proyectar, sustraerse al *impasse* del eclecticismo, y no saben imaginar formas concretas

sin referirse a algunos de los estilos pasados: clásicos o medievales.

La mayor figura del racionalismo neoclásico es Henri Labrouste; alumno de la Academia y «Grand Prix de Rome» en 1824, reside durante cinco años en Villa Médici, estudiando la arquitectura antigua; en 1830 vuelve a París y abre una escuela privada de arquitectura, enseñando una estricta adhesión a las exigencias constructivas y funcionales; en 1843 realiza el proyecto de la Bibliothèque Sainte-Geneviève (fig. 104) y en 1855 el de la Bibliothèque Impériale (figura 105), donde emplea una estructura de hierro con el fin de obtener interiores espaciosos, si bien la cierra con un envoltorio de piedra decorado a la antigua.

Las ideas de Labrouste no son nuevas. Su razonamiento sobre la construcción y la función es parecido al de Durand, pero ahora estas afirmaciones adquieren un preciso tinte ideológico; estamos en la época en que Comte publica su *Cours de philosophie* (1845) y el *Discours sur l'esprit positif* (año 1844), en la que Courbet proclama el realismo pictórico y Daumier ataca con su sátira agresiva a la sociedad burguesa. Un contemporáneo de Labrouste, Hécctor Horeau (1801-1872) difunde las mismas ideas con particular ardor, y combate, al mismo tiempo, a la Academia y a la creación política; en 1872 toma parte en la Commune, junto a Coubet y acaba en la cárcel.

La revolución de 1848 señala la culminación de estas esperanzas progresistas, donde arte, ciencia y política aparecen casi identificadas entre sí; el curso de los acontecimientos sucesivos, la agitada vida de la Segunda República y el retorno del Imperio infieren un duro golpe a estas fuerzas culturales, causando su dispersión y aislamiento.

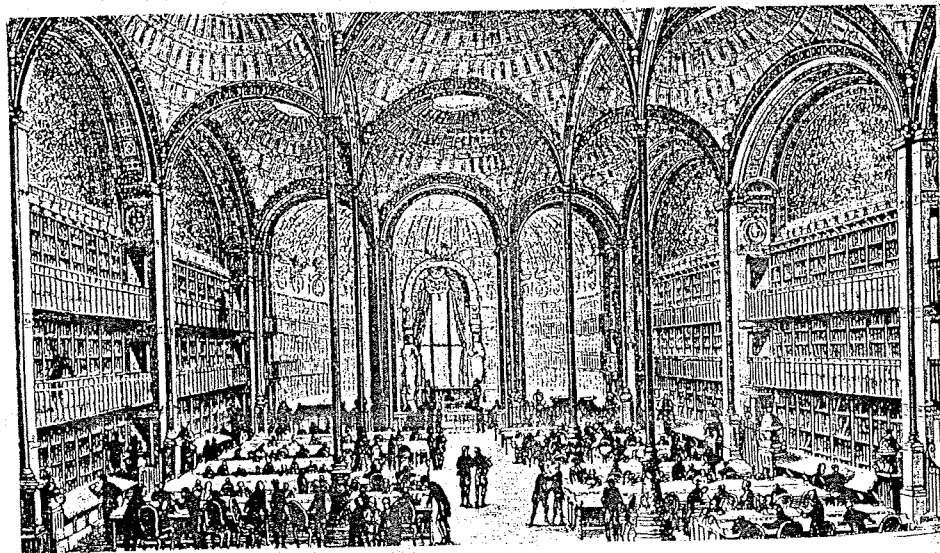
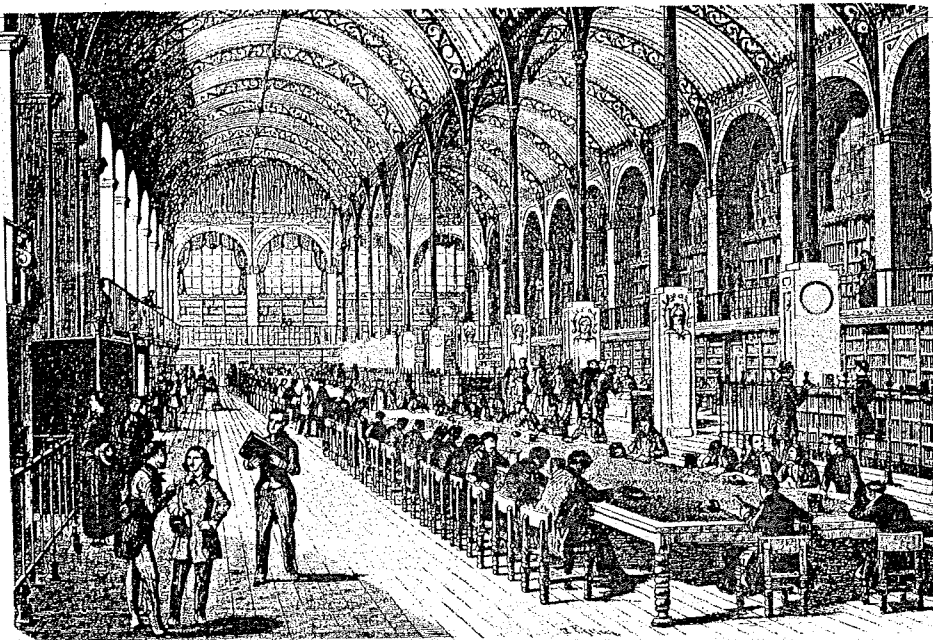
Labrouste cierra su escuela en 1856; los alumnos se trasladan al *atelier* de Eugène E. Viollet le Duc (1814-1879), quien, a partir de este momento, es reconocido como cabeza del movimiento racionalista. Viollet le Duc pertenece a la generación más joven, no tiene la intransigencia ni el ardor de La-

brouste o de Courbet, pero posee un extraordinario bagaje científico y se preocupa de no perder los contactos con el mundo oficial; es amigo de la emperatriz, y ejerce cierta influencia sobre el mismo Napoleón. En 1852 publica en varias revistas una campaña contra el eclecticismo, sosteniendo que las funciones y el respeto a los materiales son la base de la arquitectura; las críticas al eclecticismo acaban por dirigirse a un blanco concreto: la Academia, que controla l'Ecole des beaux-arts, los Grands Prix, los encargos importantes. En 1863 obtiene del emperador una reforma de la Academia en sentido liberal.

Viollet le Duc, como ya se ha dicho, sigue la dirección neogótica, pero excluye de su polémica toda referencia romántica o sentimental; para su mente científica, el gótico no tiene nada de confuso o misterioso, al contrario, lo aprecia precisamente por la claridad de su sistema constructivo, la economía de sus soluciones y la exacta correspondencia a los programas distributivos. Viollet le Duc, contraponiendo el gótico al clasicismo, aunque permanezca en los términos de la cultura historicista, aclara el carácter arbitrario y convencional de las pretendidas leyes generales de la arquitectura, mantenidas por la Academia, y a éstas opone otras leyes, menos ambiciosas, pero más adecuadas a la realidad: el uso apropiado de los materiales, la obediencia a las necesidades funcionales. Se interesa también por el hierro y propone su uso según sus características peculiares y no en sustitución de los materiales tradicionales (fig. 106).

La importancia del cambio de dirección que Viollet le Duc impone al movimiento neogótico, asociándolo al racionalismo, es enorme; también él, como sus adversarios académicos, se obstina en la empresa contradictoria de demostrar el valor general y actual de un lenguaje imitado de modelos pasados, pero es menos fácil, en el neogótico, dar por descontados ciertos preceptos basados sólo en la costumbre, y confundir la tradición con la racionalidad, porque el neogó-





104, 105 - París, interiores de la Bibliothèque Sainte-Geneviève y de la Bibliothèque Impériale (H. Labrousse, 1843 y 1855; de E. Texier, *Tableau de Paris*, y A. Joanne, *Paris illustré*).

tico no tiene tras de sí la continuidad de una tradición cercana, sino que exige, por el contrario, ante todo, una polémica contra los hábitos recientes.

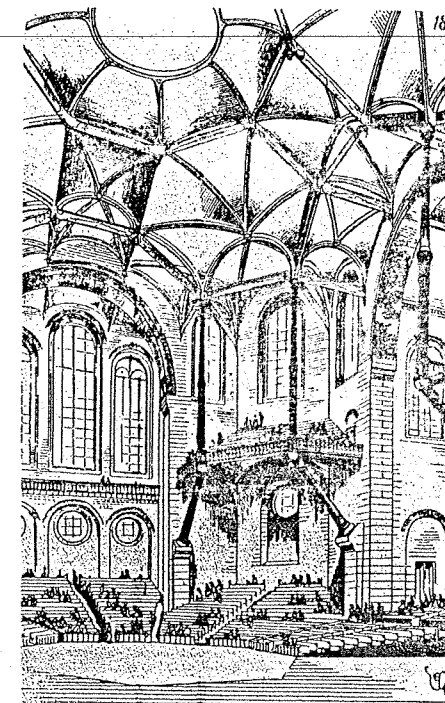
Por esto el neogótico, dondequiera que brote, engendra una saludable revisión de la herencia artística pasada, e invita a un análisis más despreocupado de los modernos procesos constructivos. De hecho, los libros de Viollet le Duc, difundidos en todo el mundo, son muy importantes para la formación de la generación sucesiva, de la que saldrán los maestros del *art nouveau*.

#### 6. Idefonso Cerdá y el plan de ensanche de Barcelona

Hacia 1840, la ciudad de Barcelona, constreñida dentro de sus murallas, plantea como condición inicial para un posible desarrollo la desaparición de éstas. La operación tiene su principio en 1841, cuando la Junta de Suprema Vigilancia ordena la demolición de la ciudadela, pero tras diversas vicisitudes será preciso que transcurran casi tres lustros —12 de agosto de 1854— para que llegue la orden definitiva bajo el gobierno de Espartero y O'Donnell.

En abril de 1859, el Ayuntamiento barcelonés convoca al oportuno concurso con vistas a la expansión de la ciudad que empieza ya a invadir el llano circundante. El primer premio lo obtiene el arquitecto municipal Antonio Rovira y Trías con un proyecto convencional y poco imaginativo en el que, mediante un esquema radial, la ciudad queda dividida en cinco sectores conectados por un paseo de ronda.

Un mes antes, el 2 de febrero de 1859, el Gobierno autoriza al ingeniero y ex síndico del Ayuntamiento de Barcelona, Idefonso Cerdá, para que realice «en el término de doce meses los estudios de ensanche y reforma de la ciudad de Barcelona». En junio de 1859, varios meses antes del plazo previsto, Cerdá, que ya en 1854 había sido encargado por el gobernador civil de Barcelona del le-



106 - Viollet le Duc, sala con bóveda y albañilería, 1864 (de *Entretiens sur l'architecture*, 1872).

vantamiento del plano topográfico de los alrededores, presenta su proyecto que es aprobado por Real Orden e impuesto, para su realización, al Ayuntamiento barcelonés.

Sin embargo, esta imposición gubernamental que produciría la natural indignación y oleada de protestas hace posible que la figura de Cerdá quede en los anales de urbanismo contemporáneo como una de las más descollantes y de mayor visión anticipadora dentro de este campo.

Como Oriol Bohigas ha señalado, son dos las versiones que Cerdá realiza de su plan para el ensanche de Barcelona. La primera, con un tipo de calles muy semejantes a las existentes hoy, más otras flanqueadas por jardines que alternan con los costados de los bloques. La segunda versión, mucho más in-

novadora, supone en definitiva la supresión de la *rue corridor*, propugnada tantas veces por Le Corbusier y otros urbanistas contemporáneos.

El esquema viario que se mantiene en ambas versiones, y que sirve de base a todo el proyecto, se caracteriza por un trazado en cuadrícula con calle de 20 metros de anchura y amplios chaffanes en todas las intersecciones. La parte antigua se rodea con una calle de ronda creándose la plaza de las Glorias Catalanas en la que se cruzan dos importantísimas vías diagonales.

En el primer proyecto se establece que en cada manzana no serán ocupados más que los dos tercios del solar estableciéndose la edificación de dos únicos bloques paralelos situados en las zonas periféricas de cada parcela. En el segundo proyecto el planteamiento cambia sensiblemente. Los bloques no deben ser ya necesariamente paralelos entre sí ni de forma exclusivamente rectangular, apareciendo el bloque de planta en L. Los tipos de calle a que habría dado lugar esta disposición más libre se hubieran separado por completo de los tradicionales y la calle-corredor sería eliminada casi totalmente manteniéndose sólo para dar lugar a unas grandes avenidas. Con esta solución se obtenía una gran variedad de espacios urbanísticos y multitud de zonas ajardinadas.

En el plan Cerdá las manzanas se estructuran como núcleos vecinales aglutinados alrededor de un pequeño centro cívico que incluye iglesia y escuelas. Los mercados se distribuyen homogéneamente por toda la ciudad huyendo, asimismo, de una centralización de los edificios administrativos procurando que no existan, dentro de ella, zonas privilegiadas, por causa del proyecto.

Cerdá establece asimismo otros servicios urbanos como centros sanitarios y un gran parque en la margen derecha del Besós.

El plan Cerdá no se llevó a la práctica más que en lo que se refiere a la estructura

vial y aun ésta, desvirtuada, ya que si bien el trazado es casi coincidente con el proyecto, su sentido se vuelve totalmente distinto al variar el carácter de las calles como consecuencia del cambio en la organización de las manzanas.

Pese a todo ello, Cerdá, como ha señalado Arturo Soria y Puig «es el primer urbanista del mundo en el sentido que hoy se le da a esta palabra». Publicó en 1867 su anticipadora obra *Teoría General de la Urbanización*, «primer planteamiento sociológico del urbanismo» en palabras de Oriol Bohigas.

Ildefonso Cerdá juzgaba como exigencias fundamentales de la nueva ciudad el *movimiento* y la *comunicatividad*; atacó duramente a la especulación propugnando que «la edificación y su agrupamiento, lejos de comprimir, desvirtuar y corromper las facultades físicas, morales e intelectuales del hombre social, sirvan para fomentar su desarrollo y vigor y para acrecentar el bienestar individual cuya suma forma la felicidad pública». Su monumental obra, antes citada, ostenta un encabezamiento que supone una clara expresión de principios:

«Independencia del individuo en el hogar; independencia del hogar en la urbe; independencia de los diversos géneros de movimiento en la vía urbana», conceptos que se ven complementados con su afirmación: «Ruralizado lo urbanos; urbanizado lo rural.»

Finalmente, Soria y Puig señala su aportación al campo de la lingüística urbanística cifrada en diversas expresiones, entre ellas, y por vez primera según los estudios documentados hasta hoy, la palabra *urbanización*.

Ildefonso Cerdá —con Arturo Soria, las dos grandes figuras del urbanismo español contemporáneo— había nacido en Centellas (Barcelona) en 1816. Superó a lo largo de su vida todo un cúmulo de injusticias y dificultades, falleciendo en 1876, empobrecido e ignorado, en el pueblo santanderino de Caldas de Besaya.

## Capítulo IV

# Ingeniería y arquitectura en la segunda mitad del siglo XIX

### 1. Las Exposiciones universales

A través de las Exposiciones universales, a partir de 1851, podemos seguir fácilmente los progresos de la ingeniería en la segunda mitad del siglo XIX.

Las Exposiciones de los productos industriales reflejan la relación directa que se establece entre productores, comerciantes y consumidores después de la abolición de las corporaciones. Seis años después de la proclamación de la libertad de trabajo, se organiza en París, bajo el Directorio, la Première Exposition des Produits de l'Industrie française.

Durante la primera mitad del siglo XIX, las Exposiciones son nacionales, por el hecho de que casi todos los países, con excepción de Inglaterra, ponen fuertes obstáculos al comercio extranjero para proteger las nacientes industrias locales. La situación cambia sólo después de 1850; Francia primero y luego los demás países reducen las barreras aduaneras, y las nuevas posibilidades del comercio internacional se reflejan en las Exposiciones, que se convierten en universales, ofreciendo así una comparación entre los productos de todo el mundo.

La primera Exposición universal tiene lugar en Londres en 1851. Henry Cole —del que se hablará en el capítulo VI— y el príncipe consorte Alberto son los animadores de esta iniciativa. Se elige como sede Hyde Park, y se convoca en 1850 un concurso internacional para la construcción del edificio, en el cual participan 245 competidores, 27 de ellos

franceses. Horeau gana el primer premio con un pabellón de hierro y cristal, pero ningún proyecto es considerado realizable, puesto que todos, incluido el del ganador, emplean una estructura de grandes elementos no recuperables después de la demolición. Por lo tanto, el Comité de obras elabora un proyecto base, e invita a las empresas a presentar ofertas de contrata, sugiriendo eventuales modificaciones. Es entonces cuando interviene Joseph Paxton (1803-1865), constructor de invernaderos, que elabora a toda prisa un proyecto, se encomienda a Robert Stephenson, miembro del Comité, y publica los dibujos en el «Illustrated» de Londres. El Comité, sin embargo, ya está comprometido con la decisión tomada, por lo que Paxton se asocia con los contratistas Fox y Henderson y presenta su proyecto al concurso de contrata, como si fuera una variante del proyecto del Comité.

La oferta es muy arriesgada, porque las cantidades en juego son muy grandes y los precios de cada elemento en hierro, madera y vidrio tienen que fijarse con gran exactitud y en muy corto plazo. En «Household Words», Dickens describe el proyecto con estas palabras:

Dos contratistas de Londres, contando con el carácter concienzudo y la buena fe de algunos maestros herreros y vidrieros de la provincia y de un carpintero de Londres, se comprometieron por una suma fija y en el plazo de cuatro meses a cubrir dieciocho acres de terreno con un edificio de más de un tercio